

EL FIN DEL ÉXODO

CLARK CARRADOS

Creyó desfallecer cuando los megáfonos de la astronave ulularon por todas partes, pronunciando las dos sílabas de su nombre.

—¡Kerrel! ¡Artillero Kerrel! ¡Dispóngase para ocupar su puesto en el Centro de Dirección de Tiro!

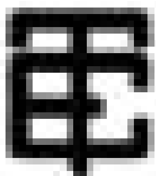
Inspiró con fuerza y se puso en pie. El momento tan temido había llegado al fin. Largos, interminables años de preparación, de durísima preparación, culminaban en aquel instante en que cientos de vidas humanas, quizá millares —las de la XIV Flota Imperial—, quizá miles de millones —las de todos los habitantes de un Imperio —, iban a depender de su rapidez de reflejos, de su agilidad mental, de su capacidad de concentración y de su habilidad para realizar, en décimas de segundo, cálculos que no podían ni aun ser confiados a las máquinas computadoras y que debían ser ejecutados por el viejo e insubstituible cerebro humano. Ahora era el momento adecuado de demostrar que todas las enseñanzas recibidas durante cuatro lustros no habían caído en terreno baldío, sino que habían germinado esplendorosamente, convirtiéndolo en un Artillero Imperial. Había llegado la hora de probar que era el hombre más importante de la nave, más aún que el capitán, quien sólo tenía como misión conducirla a través de los espacios siderales, en tanto que él debía dictar las órbitas a seguir y, además, combatir contra el enemigo.



Clark Carrados

El fin del éxodo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 307



ePub r1.0
LDS 06.01.19

Título original: *El fin del éxodo*
Clark Carrados, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



EL FIN DEL ÉXODO



CAPÍTULO PRIMERO


reyó desfallecer cuando los megáfonos de la astronave ulularon por todas partes, pronunciando las dos sílabas de su nombre.

—¡Kerrel! ¡Artillero Kerrel! ¡Dispóngase para ocupar su puesto en el Centro de Dirección de Tiro!

Inspiró con fuerza y se puso en pie. El momento tan temido había llegado al fin. Largos, interminables años de preparación, de durísima preparación, culminaban en aquel instante en que cientos de vidas humanas, quizá millares —las de la XIV Flota Imperial—, quizá miles de millones —las de todos los habitantes de un Imperio—, iban a depender de su rapidez de reflejos, de su agilidad mental, de su capacidad de concentración y de su habilidad para realizar, en décimas de segundo, cálculos que no podían ni aun ser confiados a las máquinas computadoras y que debían ser ejecutados por el viejo e insubstituible cerebro humano. Ahora era el momento adecuado de demostrar que todas las enseñanzas recibidas durante cuatro

lustros no habían caído en terreno baldío, sino que habían germinado esplendorosamente, convirtiéndolo en un Artillero Imperial. Había llegado la hora de probar que era el hombre más importante de la nave, más aún que el capitán, quien sólo tenía como misión conducirla a través de los espacios siderales, en tanto que él debía dictar las órbitas a seguir y, además, combatir contra el enemigo.

¡Combatir contra el enemigo! He ahí su primordial misión, para la cual había sido adiestrado dura y eficazmente a lo largo de veinte años, desde que a los diez los «tests» probaran de modo concluyente que sus cualidades psicofísicas correspondían por entero a las que requería un Artillero Imperial. Veinte años de largos, tenaces y pacientes estudios y de largos, tenaces y extenuadores entrenamientos le habían conferido el derecho de ostentar en la hombrera izquierda de su túnica el centelleante haz de rayos de fuego que indicaba a las gentes su condición de Artillero Imperial. Había llegado el momento de aplicar a la práctica las enseñanzas recibidas, el instante de probar en combate real que los esfuerzos realizados para alcanzar su rango actual no habían sido realizados en balde.

Pero no pudo contener un ligero temblorcillo de sus piernas ni evitar que su frente se cubriera de una fina película de sudor. Era muy distinto desempeñar el papel de artillero en unos ejercicios fingidos a tener que hacerlo en una guerra real y auténtica. La destrucción de una sola nave podía desencadenar una catástrofe de características planetarias y aun sistemales… y todo ello podía depender de él, Kerrel, Artillero Imperial, el hombre más importante de la nave, más todavía que su propio comandante.

La puerta de su cámara se abrió y varios hombres irrumpieron en ella deteniéndose en actitud respetuosa apenas traspasado el umbral. Eran sus ayudantes personales, los hombres que le ayudarían a enfundarse la pesada armadura antirradiante, sin la cual un Artillero Imperial no podía ejercer sus funciones.

—Estoy listo —dijo simplemente.

No hacía falta más ni era preciso agregar frases grandilocuentes. Otros artilleros lo hacían, pero él lo consideraba superfluo.

Los ayudantes empezaron a actuar. Kerrel se dio cuenta de que estaban bien impresionados por su laconismo y que, quizá debido a

ello, no se atrevían a despegar los labios sin que él les invitara a hablar. Un Artillero Imperial, convenía no olvidarlo, era un personaje importantísimo, tanto cuando se hallaba en funciones, como cuando disfrutaba de un breve descanso en tierra.

—¿Alguna novedad? —preguntó con tono negligente.

Era preciso a toda costa que no descubriesen el pánico que le había invadido apenas oyó su nombre a través de los altoparlantes.

—Ninguna, señor —contestó uno de los hombres—. Se han avistado algunas naves enemigas, pero todas ellas rehuyeron el combate.

—¿Se sabe la zona aproximada?

—Hacia Sikilon, señor.

Kerrel se mordió los labios. Sikilon, pensó. Aquella zona obscura del espacio, donde una astronave podía esconderse en las tinieblas de una nebulosa opaca y permanecer al acecho durante períodos enteros de tiempo, aguardando con paciencia a que pasara una presa próxima para atacarla con un mínimo de riesgo, como la araña espera en su agujero al insecto incauto que caiga en su red. Convendría tenerlo muy presente para el momento de actuar… si ese momento llegaba a producirse.

Momentos más tarde estaba enfundado en la armadura, un pesadísimo traje de metal que apenas si le permitía moverse. Parecía un gigantesco escarabajo brillante, sin ojos, con una enorme boca que era el cristal oscuro de su máscara de ultracuarzo antirradiante. Prácticamente, lo único que podía mover un poco eran los brazos y aun de éstos, los diez dedos. Pues no habría podido dar una docena de pasos sin sentirse abrumado por el peso de la armadura. Esto era necesario; la vida de un artillero resultaba preciosa y, a menos que recibiese un impacto directo, podría subsistir en el espacio durante largo tiempo, hasta ser recogido por otra nave amiga. La explosión que destruiría a su nave, si el enemigo tenía la suerte de colocarles una andanada, le respetaría a él, a menos que recibiera la descarga de lleno.

Los hombres le sacaron en vilo fuera de la cámara y le colocaron sobre una vagoneta que se movía sobre unos raíles, que corrían a lo largo del interminable pasillo que se extendía ante él.

Un hombre se sentó en el asiento del conductor de la vagoneta. Los demás se situaron en pie en la plataforma, rodeándole por

completo. No podían abandonarle hasta dejarlo instalado en su sitio.

La vagoneta se puso en movimiento. Kerrel sentía en su interior los latidos de su corazón, fuertes, rítmicos, aunque un tanto más rápidos que de costumbre. Procuró mostrarse impasible, a fin de que sus ayudantes no se dieran cuenta de la excitación que le dominaba, pero estuvo a punto de reírse de sí mismo al darse cuenta de que su rostro no podía ser visto tras la máscara de ultracuarzo de su casco.

La vagoneta se detuvo al fin, al pie de un enorme tubo metálico situado en el centro de una especie de plazoleta, sobre la cual convergían numerosos pasillos. El tubo se perdía hacia arriba, a unos veinticinco metros sobre sus cabezas, y su anchura era de unos cinco o seis, suficientes para contener a la vagoneta y sus ocupantes. Puentes, barandas, escaleras y corredores formaban un amasijo inextricable de caminos, difíciles de recorrer con coordinación por quien no estuviese habituado a las inmensas interioridades de la enorme astronave.

Un trozo del tubo se abrió de golpe y varios hombres salieron de él. Llevaban en brazos a un hombre vestido apenas con unos breves pantalones cortos. A Kerrel le resultó difícil reconocer a su compañero Donítez.

El artillero Donítez tenía las facciones desencajadas, estaba lívido, sus ojos amenazaban con saltar de las órbitas en cualquier momento y los miembros le temblaban de forma convulsiva, como si padeciera de epilepsia. Pero Kerrel sabía que Donítez era un hombre tan fuerte y tan sano como él, un experimentado artillero, que contaba en su haber con once naves enemigas destruidas. Y, sin embargo, ahora estaba convertido en una ruina física, en una piltrafa humana. Después de cinco años de servicio en una guerra implacable, cruel y despiadada.

Estuvo a punto de rebelarse y enviarlo todo al infierno. Hubiera querido poder negarse, convertirse en aquel momento en el último tripulante de la nave, con el mínimo de responsabilidades, pero le era ya imposible. Lo quisiera o no, tenía que ocupar su puesto en el Centro de Dirección de Tiro, el
C. D. T.,
como solía llamársele más comúnmente. Cierto que el último de los

tripulantes moriría si la nave era alcanzada por una descarga enemiga, mientras que él se salvaría, casi con toda seguridad; pero ese mismo tripulante, cuando la nave recibiera la orden de regreso, desembarcaría para siempre, en tanto que él, después de un prudencial período de descanso, tendría que embarcar de nuevo. Y así, hasta que un día los nervios cedieran y acabara por convertirse en un harapo como Donítez.

Otra vagoneta salió del tubo, transportando la armadura del artillero relevado. Entonces, la suya penetró en el tubo, se cerró la puerta y, segundos después, el montacargas los impulsaba hacia arriba.

El ascenso duró poco. El montacargas se detuvo ante una especie de sala de forma esférica y cúpula transparente, a través de la cual, sin embargo, no se veía nada. Ayudado por sus colaboradores, Kerrel abandonó la vagoneta y fue conducido hasta un enorme sillón, situado frente a un enorme cuadro de mandos que, entre otras cosas, estaba provisto de una especie de manillar muy grande, en forma de U de ramas muy abiertas.

Los ayudantes realizaron las conexiones debidas. La armadura fue sujeta al sillón. Kerrel efectuó las comprobaciones necesarias. Todo funcionaba a la perfección.

—Pueden retirarse —ordenó por medio del micrófono de su armadura.

Los ayudantes se marcharon. Cerraron la puerta y Kerrel se quedó solo. Inspiró con fuerza un par de veces; luego pulsó un botón situado en el brazo de la parte derecha y el conjunto entero ascendió despacio.

Por encima de su cabeza, dos compuertas se deslizaron en silencio a los lados. La esfera transparente surgió fuera, al espacio, y Kerrel con ella. Polarizó, por medio del mando correspondiente, el vidrio de su máscara y las estrellas brillaron ante sus ojos con toda nitidez.

Asió con mano firme los brazos del manillar de control. Uno de sus dedos pulsó un botón y la esfera entera giró lentamente sobre su eje, describiendo un círculo cerrado de 360.º. Al terminar, llamó al comandante de la nave.

—Artillero Kerrel llama a capitán.

—Capitán a artillero. Espero sus órdenes, señor.

—Tengo informes de que han sido detectadas naves extrañas en las inmediaciones de Sikilon.

—Así es, señor.

El tono del comandante de la nave estaba lleno de respetuosa deferencia.

—Bien, haga que la nave describa un semicírculo de ciento ochenta grados y procure pasar al largo de Sikilon a dos Unidades Astronómicas de distancia.

—Enterado, señor. Ahora mismo doy las órdenes oportunas.

Por unos momentos, Kerrel se sintió invadido de un legítimo orgullo. Él y sólo él era quien mandaba en aquellos momentos en la nave, una de las mejores unidades de la XIV Flota Imperial, con varios cientos de hombres aplicados a obedecer sin replicar la menor de sus órdenes. Veinte años de entrenamientos le habían conducido, al interior de aquella esfera transparente, situada en el dorso del casco de la nave y desde la cual dominaba con toda nitidez el espacio circundante.

Sintió en su cuerpo la leve presión originada por el cambio de órbita. Mientras la gigantesca espacionave iniciaba el semicírculo que la haría volver sobre sus pasos, Kerrel hizo girar la esfera, valiéndose de los mandos que tenía instalados en los brazos de aquel singular manillar. Sus dos pies permanecían apoyados con suavidad sobre unos pedales de innocuo aspecto, pero Kerrel sabía que la menor presión adicional sobre los mismos desencadenaría una fuerza de billones de toneladas, capaz de destruir de un solo golpe un satélite de mediano tamaño.

Conectó la pantalla telescópica y dirigió el objetivo hacia Sikilon. Allí, todavía a una distancia de por lo menos diez o doce U. A., estaban las naves sospechosas.

Era preciso comprobar su identidad. Podían ser enemigas, pero también podía tratarse de simples contrabandistas, ladrones del espacio, quienes no vacilaban en arriesgarse para obtener una ganancia más o menos lícita, comerciando con cualquiera de los dos bandos en litigio, sin reparar en riesgos con tal de conseguir sus propósitos. O tal vez eran naves de los llamados cuervos siderales, los individuos que merodeaban por las rutas celestes en espera de encontrar los despojos de una nave destrozada en un ataque, buitres espaciales que aprovechaban hasta el máximo cualquier cosa que

encontrasen en su camino, con tal de que hubiera salido de manos humanas.

«Gente despreciable toda», pensó, orgulloso interiormente de su profesión. Unos y otros despreciaban a contrabandistas y expoliadores, considerándolos morralla espacial, a la que no había que prestar la menor consideración. Por lo general, las naves de combate no solían atacarlos, pero ellos no sentían tantos escrúpulos y no era la primera vez que habían conseguido sorprender descuidado a un artillero, en cuyo caso los ricos despojos de la nave iban a parar a los bolsillos de aquellos desaprensivos individuos. Se prometió a sí mismo, que, si detectaba alguna de aquellas naves, enviaría una descarga destructora, sin preocuparse mucho de las consecuencias. Un artillero tenía mano libre para actuar como mejor le pareciera, con tal de conservar su nave intacta.

La espacionave terminó de describir su curva de 180.º.

—Capitán a artillero. Nos hallamos a dos U. A. de Sikilon.

—Gracias, capitán —contestó el joven.

Su mano izquierda manejó unos controles. En las entrañas de la nave, unos enormes ascensores entraron automáticamente en funcionamiento, situando los gigantescos proyectiles en disposición de ser lanzados. Al mismo tiempo, los detectores de su pequeña cámara de mando exploraban con sumo cuidado los menores detalles de aquel enorme trozo del espacio, negro por completo, que oscurecía e impedía la visión de lo que había al otro lado. La vista no podía pasar, pero los rayos de los detectores podían alcanzar grandes distancias en el interior de aquella nebulosa oscura.

Se preguntó por qué estaba terminantemente prohibido a todo astronauta del Imperio cruzar la Nebulosa Negra y pasar al otro lado, siquiera fuera por encima, por debajo o por sus lados, sin necesidad de cruzarla. Recordó algo que había oído al respecto, una especie de leyenda que siempre había considerado como un cuento para niños más que como un hecho fundado en algo real y positivo. De pronto, los timbres de alarma chirriaron.

¡Los detectores habían captado la presencia de unas naves en el interior de la nebulosa oscura!

Temblando de excitación, se dispuso a actuar.

CAPÍTULO II



a negra masa de la nube opaca estelar le impedía ver lo que había al otro lado, ni aun empleando el máximo aumento de su poderoso telescopio. Pero no en balde su nave estaba dotada de los últimos adelantos.

Pulsó un botón y dos afilados tubos partieron hacia adelante, en dirección al lugar donde sus aparatos habían captado la presencia de masas metálicas, a una velocidad muy próxima a la de la luz. Hubiera querido aproximarse más a la nebulosa, pero no intentó hacerlo, dejando aquella distancia de dos U. A. a fin de poder maniobrar con holgura en caso de combate.

Kerrel estaba nervioso.

Esperó con ansia, fijos los ojos en la pantalla que reflejaba, aumentadas, las imágenes del telescopio. De pronto, los dos proyectiles estallaron con vivísima luz, iluminando el interior de la Nebulosa Negra. Varios objetos metálicos de forma ahusada aparecieron al momento ante sus ojos.

—¡Son naves de la Alianza! —exclamó en voz alta, sin poder contenerse.

La forma típica de la cola, en donde estaban situados los chorros impulsores para velocidades infralumínicas, resultaba inconfundible.

Llamó al comandante de la nave.

—Artillero a capitán. Detectadas naves enemigas. Me dispongo a atacarlas. Todo el mundo en orden de combate.

—Bien, señor. Dispuesto para obedecer sus indicaciones.

Las manos de Kerrel movieron un poco el manillar. Todo el conjunto, sillón, instrumentos, pantallas, esfera transparente, giró un poco, enfrentando directamente el lugar donde había visto las naves enemigas.

Debajo de él, decenas de proyectiles de un poder fabuloso de destrucción aguardaban el momento de ser disparados. Aunque el resplandor de los proyectiles luminosos se había apagado, Kerrel conocía ya el emplazamiento exacto de las naves adversarias.

¡Y, de pronto, el enemigo se lanzó al ataque!

Kerrel las vio salir fuera de la nebulosa, zigzagueando velocísimamente, a fin de eludir sus proyectiles y envolverles en un círculo de hierro y fuego. Una, dos, tres… seis naves enemigas, seis naves de la Alianza, se dispusieron a atacarles.

Su cerebro demostró entonces que no en balde había recibido las enseñanzas adecuadas durante veinte años. Era una calculadora animal, prodigiosa, entrenada para momentos como aquél, la cual impelía a sus músculos a efectuar los movimientos precisos, sin un solo fallo. Dos proyectiles salieron hacia su destino y Kerrel los envolvió en una pantalla antidetectora, con el fin de que el enemigo no pudiera captar su aproximación. Momentos más tarde, dos de las naves enemigas se convertían en sendas estrellas que brillaron de un modo deslumbrador unos segundos, para extinguirse después, casi con la misma rapidez con que se habían encendido.

El pecho de Kerrel se inflamó de legítimo orgullo. En su primera actuación, en su primer combate, había destruido dos naves enemigas de un solo golpe. Eran pocos los artilleros que podían ufanarse de haber conseguido una victoria semejante. No se le ocurrió pensar que, acaso, el factor más importante era el hallarse fresco y descansado de cuerpo y de espíritu. Donítez, seguramente,

habría conducido la nave a la catástrofe.

Pero las cuatro naves restantes no se habían amilanado por el desastre y lanzaron sendos proyectiles que amenazaron converger sobre la espacionave imperial. Kerrel manejó el mando de protección y el aparato quedó envuelto en una colosal pantalla detectora que rechazó los proyectiles enemigos y los hizo estallar de forma inofensiva a varios millares de kilómetros de distancia.

Sin embargo, el uso de aquella pantalla tenía un inconveniente. No permitía que la nave recibiera daños, pero al mismo tiempo, le impedía disparar más proyectiles. Los científicos del Imperio no habían conseguido aún encontrar una pantalla de un solo efecto, como los vidrios polarizados, que permitían ver desde un lado, sin dejar a los demás ver desde el otro.

Reflexionó unos instantes, mientras las naves aliadas evolucionaban con relativa lentitud en torno suyo. De pronto creyó haber hallado la solución.

Fingió retirar la pantalla. Sabía que los detectores enemigos captarían su gesto y que, en seguida, lanzarían una salva. En efecto, las cosas salieron tal como había esperado. Cuatro proyectiles fueron disparados apenas retiró la protección, pero un segundo más tarde colocaba la pantalla ante sí. Los torpedos espaciales reventaron en medio de un impresionante silencio, derramando cataratas de luz roja en tomo a la nave.

Un segundo más tarde, abría la pantalla y devolvía el golpe, cubriéndose de nuevo apenas los proyectiles hubieron alcanzado la distancia conveniente. La tercera nave de la Alianza voló en mil pedazos.

Las otras tres naves huyeron en dirección a la Nebulosa Negra. Kerrel dio orden de perseguirlas. El capitán obedeció sin rechistar.

La espacionave inició un amplísimo viraje en el cielo. De pronto, Kerrel advirtió con espanto que una de las naves aliadas se lanzaba directamente contra él.

Colocó la pantalla en el acto. Pero sabía que era un gesto inútil. La pantalla podía detener un proyectil que pesaba quinientas toneladas; sin embargo, resultaba inútil por completo para frenar la marcha de una astronave, cuyo peso era doscientas veces mayor. Se dio cuenta de que el comandante del aparato enemigo estaba dispuesto a perecer con toda su tripulación, con tal de eliminar al

Artillero Imperial que tan hábil se había mostrado.

Al mismo tiempo, comprobó que el choque se haría inevitable, pese a cualquier maniobra de evasión que pudiera ordenar. El comandante adversario seguiría implacable todos sus movimientos, franquearía la pantalla protectora y, unos segundos más tarde, se produciría la colisión. Y entonces, dos naves y todos sus tripulantes perecerían en una brevísima fracción de tiempo.

Sólo tenía una solución. Desesperada, pero era la única, si quería salvar la vida.

Llamó al comandante de la nave.

—Artillero a capitán.

—Capitán a artillero. Espero sus órdenes, señor.

Kerrel trató de dar a su voz un tono neutro.

—Una nave enemiga se nos echa encima, con intención de provocar un choque total. La pantalla protectora resulta insuficiente para detenerla, sólo podemos eludir la catástrofe actuando de una forma.

—Usted dirá, señor.

Kerrel observó durante unos instantes el veloz avance de la nave enemiga. Su cerebro especialmente entrenado realizó los cálculos pertinentes en una fracción de segundo.

—Dispóngalo todo para ejecutar una transición espacial de cuarto grado, capitán.

Hubo un momento de silencio, no total, porque Kerrel pudo notar con claridad la ruidosa respiración del comandante a través de sus auriculares.

—Pero, señor —se atrevió a objetar el capitán—, si efectuamos ahora la transición, pasaremos al otro lado de la Nebulosa Negra.

—Lo sé —respondió el joven, impasible.

—La Ley Básica prohíbe muy especialmente efectuar cualquier clase de vuelo al otro lado de…

—¡Al infierno con la Ley Básica, capitán! —exclamó el joven—. ¿Qué prefiere, ser un cadáver respetuoso de la ley o un hombre vivo y útil al Imperio?

—Señor, yo…

La voz de Kerrel adquirió un tono enfático.

—Asumo toda la responsabilidad, capitán —dijo—, y le ordeno ejecutar la transición en seguida. Mi orden quedará grabada y usted

podrá presentarla como justificante en cualquier momento.

—Siendo así, obedezco, señor.

La comunicación quedó cortada. Kerrel escuchó el cese de los zumbidos que indicaban la acción de los propulsores infralumínicos. Ahora estaban conectando los motores superespaciales, los que permitirían a la astronave alcanzar distancias fabulosas, de años luz, en décimas de segundo, viajando a través del subespacio.

—Listos para efectuar la transición, señor —anunció el comandante de la nave.

—Hágalo, capitán.

La astronave enemiga se les arrojaba encima con el ímpetu de un proyectil. Kerrel se dijo si tendrían tiempo suficiente para esquivar el choque. En el mismo instante, le deslumbró un cegador fogonazo, privándole de la visión por unos instantes, a la vez que un estruendo ensordecedor golpeaba sus tímpanos con trémolos dolorosos.

«Esto no es natural. Los saltos de transición al superespacio no producen luz ni ruido. ¿Qué ha pasado?».

Pero no pudo contestar a la pregunta, pues, medio segundo después, perdía el sentido por completo.

* * *

Despertó más tarde, sintiendo un extraño envaramiento en todos sus músculos, a la vez que un terrible dolor de cabeza. Durante unos momentos, permaneció sumido en una torpe semivigilia, cuyo origen ignoraba por completo.

De pronto recordó todo. El combate, las tres naves destruidas, el ataque suicida, el relámpago y el trueno… Luego se había desvanecido y ahora recobraba el conocimiento. ¿Qué le había sucedido?

Llamó al comandante de la nave.

—Artillero a capitán. ¿Qué es lo que ocurre?

Nadie contestó a sus llamadas. Entonces, atónito y estupefacto, a la vez que aterrado, se dio cuenta de que estaba solo en el espacio.

Sí; estaba solo, dentro de la cápsula que, a menos de ser alcanzada por un impacto directo, no podía ser destruida y que había sido construida especialmente para hacer sobrevivir al

artillero durante un largo período de tiempo, hasta que se pudieran enviar fuerzas para su rescate. La vida de un artillero era algo precioso y debía conservarse a cualquier precio.

Durante unos minutos, se sintió atacado por un extraño decaimiento. Aquélla era una de las situaciones en que un artillero podía verse en el espacio, harto se había preparado para ello; sin embargo, ahora que los ejercicios fingidos se habían convertido en realidad, le costaba trabajo creerlo.

Pero no había la menor duda. Desde su esfera transparente, en circunstancias normales, podía divisar toda la estructura de la nave, larga de cerca de mil metros. Ahora, aquella estructura había desaparecido.

Relajó sus músculos. Era preciso reflexionar acerca de cuál iba a ser su conducta a partir de aquellos momentos. Lo primero era lanzar la señal de socorro, a la vez que indicaba su posición en el espacio. Proyectó en la pantalla la carta estelar y la estudió durante unos minutos. Después levantó la vista.

Sintió un frío terrible que le llegó hasta los huesos. No conocía aquella región del espacio. Le resultaba desconocida por completo.

Por unos instantes, permaneció aturdido, incapaz de creer en lo que le estaba sucediendo. ¿Dónde se hallaba? ¿A qué misteriosa región del espacio había ido a parar?

Movió los mandos de proyección de la carta, haciendo aparecer sucesivamente todas las regiones celestes. Pero ninguna de las que vio podía compararse con aquélla en que se encontraba. Al cabo de varios minutos, llegó a la desoladora conclusión de que se hallaba en un sector del espacio no registrado en los mapas.

Le invadió un sentimiento de pánico al darse cuenta de que se hallaba perdido irremisiblemente y a Dios sabía cuántos años, o cientos de años-luz del Imperio. Aunque lanzase la señal de socorro, no habría nave que viniera a rescatarle. Podía vivir en la cápsula uno, dos, incluso, estirando un poco los víveres, tres meses. Pero, a la larga, acabaría por perecer.

Trató de calmarse y de darse ánimos a sí mismo. Si se dejaba apresar por el pánico, su muerte sería inevitable. En cambio, actuando con serenidad, aún tenía ciertas posibilidades de

supervivencia. La experiencia le decía que no le sería difícil hallar algún planeta en el que aguardar la llegada de los equipos de rescate, Bastaría dejar conectada la llamada de socorro y esperar.

Apagó la pantalla con el mapa estelar y conectó la del telescopio. Mientras exploraba el espacio, trató de calcular a qué se debía la nueva situación en que se encontraba. Quizá las objeciones formuladas por el capitán habían constituido una pérdida de tiempo valiosa, que les había conducido a la catástrofe al efectuar la transición superespacial en las cercanías de un cuerpo sólido como era la astronave enemiga. Esto, sin duda, debía de haber provocado la explosión de los dos artefactos, causando la muerte de todos sus tripulantes. Y él había atravesado la nebulosa, merced al impulso recibido una décima de segundo antes de que se produjese la catástrofe. Ahora, pues, se hallaba al otro lado de aquélla zona opaca, el lado prohibido para los astronautas por la Ley Básica.

Le invadió una intensa curiosidad. ¿Qué había en aquel sector del cielo? A lo lejos vio una estrella blancoamarillenta, enana, en torno a la cual giraban varios planetas. ¿Cuál de ellos sería el habitable?

De pronto, un objeto extraño apareció ante su vista, pero fuera de la pantalla, a pocos pasos de distancia de la esfera. Kerrel reconoció un enorme fragmento de la astronave. El metal estaba retorcido por los bordes y aún podían verse algunos de los diversos compartimientos, seccionados en dos por la inenarrable violencia de la explosión. El trozo de la nave, un enorme pecio de treinta o cuarenta metros de altura por casi cien de largo, volteaba lentamente en el espacio, mostrando su vacío interior, desgarrado y destrozado por la explosión. Las últimas dudas sobre su soledad quedaron disipadas en aquel mismo instante.

Puesto que le era forzoso sobrevivir, Kerrel orientó la esfera en busca de un planeta habitable que le permitiera subsistir mientras llegaban los equipos de rescate. No tardó mucho en hallarlo y entonces dirigió hacia él la órbita de su navecilla.

Una semana después, sobrevolaba la atmósfera de aquel planeta. Desde unos ciento cincuenta kilómetros de altura, pudo ver grandes continentes, enormes extensiones de agua, todo ello bajo el signo de la habitabilidad. Puesto que no podía hacer otra cosa por el momento, viviría allí mientras venían a rescatarle.

Poco más tarde, penetró en la atmósfera. Durante breves instantes, delante de él se encendió una gran llamarada. Kerrel supo que los últimos restos de la nave acababan de desaparecer, incendiados por la violencia del roce con las capas superiores de aire. Después, se dispuso a aterrizar.

CAPÍTULO III

a navecilla tocó tierra.

Kerrel continuaba todavía enfundado en su pesada armadura antirradiante, de la cual se había quitado tan sólo el casco, a fin de poder alimentarse. Presionó un botón y la cúpula de la navecilla se desgajó en dos mitades. Respiró el aire fresco y perfumado. Le pareció aún mejor que el de los planetas del Imperio. Viendo lo que tenía a su alrededor, se dijo que, si algún día regresaba, informaría sobre la conveniencia de colonizar aquel planeta y agregarlo a los bienes del Imperio. Prometía ser muy rico y era una oportunidad que, en su opinión, no debía ser desaprovechada.

Tocó otro botón y las piezas de la armadura se separaron al instante y cayeron al suelo. Éste era un recurso que sólo debía utilizarse en un caso de emergencia; de ordinario, el artillero debía ser desvestido por sus ayudantes.

Pero ahora no tenía ayudantes y, naturalmente, la observancia de los reglamentos resultaba superflua. Saltó al suelo con agilidad,

cubierto tan sólo por una liviana blusa y unos pantalones cortos. La temperatura era excelente.

Miró a su alrededor, dándose cuenta de que estaba en el centro de una floresta de árboles que le resultaban desconocidos. El suelo estaba cubierto de un fino césped, que hacía blando el caminar. Un poco más allá, divisó un arroyuelo de aguas limpias y cristalinas.

Cuando el aire era respirable, el agua podía beberse, era la regla común. Se acercó al arroyo y, arrodillándose junto a su orilla, llenó el hueco de la mano de agua y se lo llevó a los labios. Sin embargo, no tuvo tiempo de beber.

Un extraño sonido hirió sus tímpanos. Levantó la vista y se quedó aterrorizado.

Como artillero, su entrenamiento había sido sobre todo intelectual. Como es natural, había realizado ejercicios físicos, pero sólo los imprescindibles para no convertirse en una masa de carne amorfa. Un artillero no podía utilizar otras armas que las que llevaba a bordo de su nave. Incluso las que utilizaban las fuerzas de seguridad del Imperio le eran desconocidas.

Por tanto, su navecilla no disponía de arma alguna. Kerrel solo tenía en aquel momento sus manos para combatir contra la extraña fiera de cuerpo negro y lustroso, cuyas verdes pupilas le contemplaban con hipnótica fijeza, en tanto que agitaba la cola, un apéndice largo y cilíndrico, de un metro de longitud.

La fiera sacó la lengua, larga, húmeda, rojiza. Una de sus patas delanteras, armada con unas uñas afiladas como cuchillos, arañó un poco el césped. Kerrel comprendió que la bestia se disponía a lanzarse al ataque contra él.

La anchura del arroyo no sería obstáculo para el animal, puesto que apenas si medía tres metros. En un segundo, las garras rasgarían su piel y aquellos salientes colmillos se hundirían en su cuello. Era fuerte y robusto, pero ante la fiera se sentía como un niño de pocos meses.

El animal se replegó sobre sus cuartos traseros; disponiéndose a saltar. En aquel momento, algo estalló a corta distancia.

La bestia sé revolcó de repente por el suelo, al par que lanzaba unos rugidos atronadores, capaces de poner los pelos de punta. Se produjo otro estallido y los frenéticos movimientos del animal cesaron casi al instante.

Kerrel no podía creer en su buena suerte. Se había visto a dos pasos de la muerte y ahora estaba vivo. Unos segundos más y los afilados colmillos de la fiera habrían hecho presa en su carne. ¿Quién era su salvador?

No tardó mucho en saberlo. Los ramajes se agitaron al otro lado del arroyo y la persona que había matado a la fiera apareció ante sus ojos.

* * *

Era una muchacha alta, esbelta, de líneas finas pero compactas, cabellos negros y abundantes, que le caían sueltos por la espalda, y ojos negros y muy expresivos. Vestía una especie de saco de tela fina, roto por algunos lugares como consecuencia del uso excesivo. La prenda le dejaba uno de los hombros y los brazos al descubierto; por abajo le llegaba a la mitad de los muslos. Su piel era muy fina, aunque se veía atezada por la continua exposición a la intemperie, merced a lo cual había tomado un singular y atractivo tono dorado.

Llevaba en la mano el arma con la que había abatido a la fiera, una especie de rifle muy distinto de los que Kerrel había visto en anteriores ocasiones. En torno a su cintura se veía un cinturón de piel, de uno de cuyos lados pendía un enorme cuchillo y del otro, una bolsita del mismo material, quizá destinada a contener las municiones para el rifle.

Ella le contempló con no disimulada extrañeza. Tenía el cañón del rifle bajado, pero sus músculos estaban en tensión, apreció Kerrel, lista para disparar contra él si le veía hacer el menor movimiento hostil.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha de pronto.

El tono de ella era natural, sin afectación alguna, bien distinto del respetuoso que todo el mundo usaba para hablar con él. Kerrel sufrió un fuerte choque al ver que alguien le dirigía la palabra sin prestar la menor atención a su elevado rango.

Pero las circunstancias eran muy distintas y se dijo que debía acomodarse a la situación presente.

—Kerrel, Artillero Imperial —contestó—. Mi nave resultó destruida en combate y yo pude salvarme por milagro. ¿Cómo te llamas tú?

—Stella —contestó la muchacha. Frunció el ceño al ver detrás de Kerrel la navecilla posada en el suelo—. ¿Perteneces a la banda de «Los Cuervos»?

—¿«Los Cuervos»? —repitió él—. ¿Quiénes son? Es la primera vez que los oigo nombrar. ¿Viven en este planeta?

—Normalmente, sí; aunque, a veces, también se esconden en otros mundos después de sus fechorías. —De pronto, Stella cruzó el arroyo y pasó al otro lado—. No, no eres un «Cuervo», Kerrel. Tus ropas son muy distintas —las tocó con la punta de los dedos— y mucho mejores. ¿Qué es eso que llevas en el hombro? —preguntó, señalando la insignia del joven.

—Es mi distintivo de Artillero Imperial —contestó él, con mal velado orgullo.

—Artillero Imperial. —Stella levantó los hombros—. Vosotros, los hombres, no hacéis otra cosa que conferiros títulos a cuál más extraño. ¿Qué hacías en las inmediaciones de mi planeta?

—¿Este planeta es tuyo? —preguntó Kerrel, con ingenuo asombro.

—Bueno, vivo en él. Era una frase tan sólo. Contéstame.

—Ya te dije antes que mi nave fue destruida en combate. No vine aquí por mi gusto, aunque —añadió con galantería—, me alegro de haberte conocido y más aún de que me hayas salvado la vida. Por cierto, aún no te he dado las gracias…

—No disparé contra la fiera por salvarte, sino para aprovechar su piel. Cuando hice fuego, aún no te había visto. De todas formas, celebro que no hayas sufrido daño alguno. Así —murmuró ella—, que no eres un «Cuervo»…

—No. ¿Qué pasa con esos sujetos? ¿Por qué te preocupan tanto?

Stella le dirigió una larga mirada.

—Si los conocieses tan bien como yo, tendrías motivos más que sobrados para preocuparte. Pero ya te hablaré de ellos más adelante. ¿Qué piensas hacer ahora, Kerrel?

—Me encuentro en un planeta que me es desconocido —contestó el joven—. Si no me consideras como enemigo, me agradaría tenerte como guía, Stella.

—Ya veremos —respondió ella en tono evasivo. Volvió a mirar el aparato y dijo—: No, «Los Cuervos» no utilizan ese género de naves voladoras.

De repente, con enorme sorpresa, Kerrel se percató de un detalle que, con la excitación del encuentro, le había pasado inadvertido hasta aquel momento.

—¡Hablamos la misma lengua! —exclamó. Cierto que en las frases de Stella había algunos modismos y vocablos un tanto distintos de los que se usaban en el Imperio, pero había podido comprender sin ningún esfuerzo todas las palabras de la muchacha —. ¿Qué planeta es éste? ¿Qué nombre le dais vosotros?

—La Tierra —contestó Stella—. ¿Es que no lo sabías?

Kerrel movió la cabeza. «La Tierra», murmuró en voz apenas audible. El nombre le sonaba, sin embargo. ¿Dónde lo había oído antes de ahora?

Kerrel dijo:

—No, aunque eso importa poco ahora. ¿Vives muy lejos de aquí?

—Un par de horas de camino. Vendrás conmigo —decidió ella.

—De acuerdo. Si quieres, puedo llevarte en mi nave. Tú me guías y yo…

Stella dijo que no con la cabeza.

—No quiero que «Los Cuervos» vean, ningún aparato extraño en las inmediaciones de mi vivienda.

—Parece ser que les tienes miedo —apuntó Kerrel.

Los ojos de la muchacha llamearon.

—No les temo, aunque procuro eludirlos siempre que me es posible. Son malos y cuanto más lejos estemos de ellos, será mejor para los dos. Bien, ahora, aguárdame un poco.

Stella cruzó el arroyo de nuevo y, tras dejar el rifle en el suelo, se arrodilló junto al cadáver de la fiera. Sacó el cuchillo y se dispuso a despellejarla.

Kerrel se sintió enfermo al ver los actos que realizaba la muchacha. En su mundo no había tenido ocasión de ver nunca la sangre. Ahora, aquella jovencita ejecutaba una repugnante operación, cuyo objeto no acababa de comprender. Volvió la vista, tratando de dominar las náuseas que le acometían.

Esperó un buen rato, hasta que Stella le dijo que ya estaban listos para emprender la marcha.

—Aguarda un momento —pidió él.

Se dirigió a la nave y manejó el mando de cierre. Ahora, nadie

podría utilizarla de nuevo. Ni siquiera podrían levantarla del suelo un par de palmos.

Se volvió hacia la muchacha. Stella llevaba pendiente del hombro izquierdo la piel del animal, cuyo cuerpo sanguinolento yacía sobre la hierba. Las moscas revoloteaban ya sobre aquellos repugnantes despojos, cuya sola vista causó terribles espasmos en el estómago del joven.

—¿Vamos? —invitó Stella, con cierta nota de impaciencia en la voz.

Kerrel caminó con torpeza. Cruzó el arroyo, estremeciéndose al sentir en sus piernas la frialdad del agua. Apretó el paso cuando cruzó por delante del cadáver del animal, ansiando dejar cuanto antes a su espalda aquel horripilante montón de carne.

—¿Qué te sucede? —indagó Stella—. ¿Por qué te sientes tan mal? Se trata sólo de una bestia salvaje, no de una persona.

—Es que… nunca había visto nada semejante hasta ahora, —confesó él.

—Sí que es extraño vuestro mundo —comentó la muchacha, adentrándose en la floresta—. Por lo visto, debéis de vivir de forma muy distinta a la mía. ¿No matáis allí a los animales, ni siquiera para alimento?

—No lo sé —contestó Kerrel.

Francamente, no lo sabía. Hasta aquel momento, su existencia no había tenido nada de blanda y cómoda, pero había algunos aspectos de la vida del Imperio que le resultaban desconocidos en absoluto. Cuando un muchachito resultaba apto para ser artillero, se le impartían enseñanzas para artillero, exclusivamente. Nunca se le había ocurrido preguntar de dónde procedían los manjares que consumía ni cómo se producían. Se había limitado a ingerirlos y alimentarse, sin más, como sus compañeros de Academia.

—Tu planeta debe de ser una cosa rara —comentó Stella—. No irás a decirme que vivís allí del aire. Tu configuración es enteramente humana y, por tanto, ciertos aspectos de vuestra vida deben ser idénticos a los míos.

—Supongo que sí —convino Kerrel.

De pronto se dio cuenta de que Stella hablaba en singular. ¿Vivía sola? De todas formas, no tardaría mucho en conocer más detalles de la vida de la muchacha:

Caminaron durante un par de horas, al cabo de cuyo tiempo salieron fuera del bosque. A unos dos kilómetros de distancia, Kerrel vio una extensa corriente de agua, que brillaba con fuerza al devolver los rayos del sol. Al otro lado, divisó un ingente amontonamiento de cosas que le parecieron ruinas de edificios cubiertas en parte por una frondosa vegetación.

—¿Era eso una ciudad? —preguntó, asaltado por la curiosidad.

—Sí. En otro tiempo, se llamaba París. Ahora está desierta y en ruinas.

—Entonces, ¿está abandonado el planeta?

—Prácticamente, sí. Vivimos muy pocos seres humanos en su superficie y no somos demasiado sociables que digamos. En lo que a mí se refiere, prefiero vivir sola.

Kerrel dijo:

—Pero has hecho una excepción conmigo.

—Provienes de otro planeta —manifestó ella. De pronto se detuvo al pie de una colina de poca altura, a la mitad de cuya ladera se divisaba la entrada a una cueva—. Ahí es donde vivo yo.

—¿Y no vienen por aquí los demás habitantes de la Tierra?

—Algunas veces. Hacemos intercambio de varías cosas que pueden sernos útiles y luego nos separamos.

Stella emprendió la subida con agilidad, seguida por el joven, cuya cabeza estaba convertida en un verdadero torbellino de mil confusas ideas.

La cueva era amplia y espaciosa. Parte del suelo estaba cubierto de pieles blandas y abrigadas, muy suaves al tacto. Con gran sorpresa por su parte, Kerrel apreció que no había ningún mal olor en la cueva. Stella parecía una muchacha muy limpia y mantenía su habitáculo en estrictas condiciones de higiene.

Al final de la cueva observó una especie de hogar, cuyos humos salían por un orificio abierto en la roca, hacia arriba. Una campana de piedras recogía el humo, impidiendo así que se esparciera por el interior de la vivienda. Kerrel vio también numerosos objetos que debían de ser de uso cotidiano de la muchacha: cacharros de metal, una mesita, dos banquetas de madera, algunos cántaros y, sorpresa, un hueco excavado en la roca viva, con algunos libros.

—Así que es aquí donde vives —dijo.

El muchacho estaba sorprendido.

—Sí. —Stella se desciñó el cinturón y apoyó el rifle en la pared —. Te prepararé algo de comer. Ayer cacé un par de conejos. Tienen la carne muy fina y alimenticia.

Kerrel no salía de su asombro. Allí tenía, ante sus ojos, a una mujer, una niña casi, que vivía en unas condiciones que a él se le hubieran hecho insoportables. Sola, sin preocuparse demasiado por ello, pero desenvolviéndose con indudable habilidad y poseyendo una considerable dosis de valor para afrontar cualquier incidencia, como lo había demostrado al matar la fiera de dos certeros disparos. Él… bien, no sabía si habría sabido actuar con tanta serenidad. Entonces se dijo que la educación que les daban era muy incompleta, pese a su enorme extensión y dureza.

Momentos después, Stella le presentaba un plato de barro, que contenía unos trozos de carne, cuyo aspecto no podía ser más apetitoso. También le entregó una pequeña vasija, llena de un líquido rojo y transparente, que despedía un agradable perfume.

Stella le miró, sonriente.

—Come sin miedo —dijo.

Animado por las palabras de la muchacha, Kerrel empezó a comer.

CAPÍTULO IV



a carne estaba muy buena, y el líquido, al que Stella daba el nombre de vino, resultó agradable de beber, aunque le produjo una extraña languidez que no había sentido hasta entonces. Stella lo advirtió y sonrió.

—Si bebieses más, te emborracharías. Bueno, quiero decir que primero te sentirías muy alegre y luego te pondrías enfermo. Al día siguiente, tendrías un gran dolor de cabeza durante un buen rato y notarías la boca reseca. Pero, en dosis pequeñas, no sólo resulta bueno, sino además muy conveniente.

—Me ha gustado, desde luego —convino Kerrel. De repente preguntó—. ¿Cómo es que vives sola?

La mirada de la muchacha se nubló.

—Vivía con mis padres y un joven que iba a ser mi esposo. Un día que me había alejado para cazar, vinieron «Los Cuervos» y los mataron a todos. Eso ocurrió hace ya dos veranos. Desde entonces no he querido compañía de ninguna clase.

—Lo siento —murmuró él—. Debes odiar mucho a esos hombres.

—Sí —contestó Stella con la mirada brillante—. Y ellos lo saben, por eso procuran acercarse por aquí lo menos posible.

—¿Has disparado contra ellos en alguna ocasión?

—Sí. Dos veces. Maté a uno y herí a otro. Desde entonces no han vuelto más por aquí.

—Lo que no entiendo es cómo la Tierra, un planeta que, a primera vista parece muy rico, está prácticamente deshabitado. ¿Es que hubo alguna guerra que exterminó a sus pobladores casi por completo?

—No. Hace muchos cientos de años, las gentes comenzaron a abandonar el planeta en busca de otros mundos que reuniesen mejores condiciones. Decían que la Tierra era un planeta moribundo, cuyos recursos se habían agotado por completo. En unos doscientos años, quedó casi abandonado por completo, a excepción de unos cuantos millares de personas que no quisieron dejar el lugar donde habían nacido y vivido hasta entonces. Al cabo de cinco o seiscientos años más, el suelo ha vuelto a fructificar y muchas especies animales, que estaban a punto de extinguirse, se han multiplicado de nuevo. La comida y la bebida no faltan, ciertamente. Ahora, el planeta podría acoger sin la menor dificultad a varios cientos de millones de personas. Pero nadie viene aquí, aunque ignoro la razón.

Kerrel meditó unos momentos. Empezaba a comprender por qué hablaba la misma lengua que la muchacha, aunque no porque la Ley Básica había prohibido severamente la travesía de la Nebulosa Negra. Las viejas leyendas de que los actuales pobladores del Imperio descendían de un remoto planeta, perdido Dios sabía en qué remoto rincón del espacio, empezaban a tomar formas consistentes.

La voz de Stella cortó sus reflexiones.

—Dices que tu nave fue destruida en combate. ¿Acaso hay una guerra?

—Sí —contestó él—. El Imperio y la Alianza están en conflicto desde hace muchos años, antes siquiera de que yo hubiera nacido.

Stella se tendió en el suelo boca abajo y quedó apoyada sobre los codos.

—Cuéntame —pidió ávidamente—. Debe de ser fascinador vivir en un mundo que sabe producir aparatos tan maravillosos y que, al mismo tiempo, está en guerra desde hace tantos años. Cuéntame, por favor.

Kerrel accedió de buen grado a la petición de la muchacha. Empezó a hablar y le dijo que los orígenes del conflicto entre el Imperio y la Alianza eran ya tan remotos, que apenas si los recordaba nadie, aunque, en síntesis, podía afirmarse que la guerra era debida al ansia por el predominio de una amplia zona galáctica. Le contó también que el bando que venciese se haría dueño automáticamente de varias docenas de vastos planetas, que contenían riquezas fabulosas, con una civilización creciente y cada vez más adelantada, pero que la guerra, sin embargo, por un acuerdo tácito y mutuamente respetado hasta entonces, no había alcanzado a la superficie de los mundos habitados. Los combates se libraban en el espacio y cada contendiente procuraba destruir las naves del enemigo, tanto las de guerra como las destinadas al transporte de pertrechos y materias primas. Sólo morían los guerreros, pero las naves eran repuestas sin cesar, con lo cual el conflicto no llevaba trazas de extinguirse. Ninguno de los dos bandos osaba atacar directamente los planetas, pues sabía que un ataque de esta clase acarrearía la inmediata destrucción de su propio mundo. Sólo perseguían el aniquilamiento de los hombres entrenados para la guerra y la destrucción de las espaciolíneas de abastecimientos y comunicaciones. Pero esto era algo punto menos que imposible y la guerra proseguía, feroz y sañuda, sin grandes alternativas que decidieran la contienda a favor de uno u otro bando.

—Y tú eras un guerrero de los que combaten ahora —murmuró ella, cuando Kerrel hubo terminado su narración.

—Así es. Poseo el rango de Artillero Imperial. Es el cargo más importante de una astronave, incluso más que el de capitán.

Le relató los veinte años de durísimo entrenamiento, cuyo final había sido la destrucción de cuatro naves enemigas más la suya propia.

Stella se estremeció.

—Veinte años de esfuerzos, que se perdieron en unos momentos. ¿No podías haber eludido el trabajo a que fuiste sometido durante

tanto tiempo?

—Imposible —contestó él—. Naturalmente, sólo los astronautas combaten, pero, desde los siete a los diez años, todos los niños son sometidos a unos estudios especiales, de poco esfuerzo físico y mental sin embargo. A los diez años, las máquinas han emitido ya su dictamen acerca de cada uno y señalan el puesto que ha de ocupar en lo sucesivo. Como es natural suponer, la inmensa mayoría no sirve para guerreros y reciben una educación normal. Pero aquél a quien los instrumentos señalan como apto para tal o cual empleo relacionado con la guerra, es entrenado según sus aptitudes. No es por alabarme, pero de cada millón, sólo sirve uno para Artillero Imperial. Su suerte no es muy buena, aunque, en compensación, goza de grandes honores y preeminencias. Han de hacerse cinco años de servicio en el espacio. El que consigue sobrevivir es retirado y ya no vuelve a desempeñar más su cargo. Se le concede una pensión suficiente para atender a sus necesidades, y se retira. —Agregó con una sonrisa triste—: Aunque las vidas de los Artilleros Imperiales son lo primero que se ha de preservar, son pocos los que consiguen salvar ese período de cinco años. Unos mueren en el espacio, pese a todas las precauciones adoptadas; otros…

Se calló. Acababa de recordar a Donítez, convertido en un despojo humano. Donítez ya no volvería a ser jamás lo que había sido. La tensión nerviosa había causado la enajenación de su mente y acabaría sus días en un sanatorio para Artilleros Imperiales.

Eso fue lo que le dijo a Stella. La muchacha quedó pensativa durante unos momentos y luego meneó la cabeza.

—¿Sabes lo que te digo, Kerrel? —Manifestó—. Pues que eres muy afortunado con haber salvado la vida y llegado a la Tierra. Primero quise conocer tu mundo, cuando me contabas tantas cosas bellas de él, pero luego, después de lo que he oído, prefiero seguir viviendo en mi planeta, por muchos peligros que esté corriendo a diario.

—Las mujeres no van a la guerra —declaró él con tono de suficiencia—. Bien es cierto que a veces ocupan puestos de mucha importancia, pero, por lo general, se casan y tienen hijos.

—¿Crees que me gustaría que un hijo mío acabara siendo Artillero Imperial? Puedes tener la seguridad de que me negaría a

ello con todas mis fuerzas.

—No se pueden desobedecer las leyes del Imperio —dijo Kerrel enfáticamente.

—Cuando una ley va contra la humanidad, existe el deber moral de desobedecerla —alegó Stella con vehemencia.

Kerrel meneó la cabeza.

—Será mejor que cambiemos de tema —opinó—. En este sentido preveo que nunca llegaremos a entendemrnos, Stella.

—Desde luego —la muchacha estuvo de acuerdo en ello—. Dime —preguntó súbitamente—, ¿tienes esperanzas de que algún día vengan a buscarte los tuyos?

—He dejado conectada la llamada permanente de socorro —contestó él, en tono sombrío—. Pero dudo mucho de que alguien atraviese la Nebulosa Negra de Sikilon, ni aun para salvar la vida de un Artillero Imperial. La Ley Básica lo prohíbe especialmente.

—¿Qué es eso de la Nebulosa Negra y por qué no se puede atravesar? —Preguntó ella, dominada por la curiosidad.

—La Nebulosa Negra es una región oscura del espacio, que se extiende a lo largo y a lo ancho de muchos años luz. Los rayos luminosos se detienen y resulta imposible divisar las estrellas que hay al otro lado. Parece ser que es un conjunto de gases estelares fríos, dentro de cuya masa no existe la vida, al menos, tal como la concebimos nosotros. En cuanto a la prohibición de pasar al otro lado, es decir, a éste en que nos encontramos en la actualidad, ignoro con exactitud los motivos. Sólo sé que una de las cosas que primero nos enseñan es que no se puede franquear la Nebulosa Negra de Sikilon.

Stella se mordió los labios.

—Pues a mí me parece —dijo— que «Los Cuervos» sí la atraviesan. Pero para esos sujetos no existe la ley.

Hubo una pausa de silencio entre los dos jóvenes. Después, Stella añadió:

—Ya es hora de descansar, Kerrel. Mañana, si te parece bien, me acompañarás a la ciudad. Está en ruinas, pero puedo enseñarte algunos lugares que conozco bien, en los que me aprovisiono de algunas cosas que me son necesarias. También te enseñaré a manejar las armas; hoy por hoy, en la Tierra es preciso andar siempre con los ojos bien abiertos. Tú has sido la excepción, pero la

regla general es que cada ser humano con quien uno se tropieza, es enemigo. —Sonrió—. Aunque en escala infinitamente menor, la situación es análoga a la vuestra.

—Sí, eso es lo que veo —suspiró él.

Se tendió sobre un montón de pieles, cuyo contacto era suave y sedoso. Afuera se hacía de noche con rapidez.

Durante unos momentos, contempló las estrellas a través de la entrada de la cueva. ¿Dónde estaba el grupo de soles del Imperio? ¿A qué distancia se hallaba el mundo en que había nacido?

Se durmió profundamente, antes de haber podido hallar una respuesta satisfactoria.

Despertó cuando el primer rayo de sol penetraba a través de la entra-boca de la cueva. Se sentó en el suelo, envarado todavía por la postura del sueño. Se frotó los ojos y miró a su alrededor. Al ver que la muchacha no estaba en la cueva, sufrió un fuerte sobresalto.

Se puso en pie y caminó hasta la entrada. De pronto, todo su cuerpo se puso rígido.

Dos hombres, provistos ambos de sendos rifles muy parecidos a los que usaba Stella, se encaminaban hacia la cueva.

CAPÍTULO V


u primer impulso fue echar a correr y huir de aquellos individuos, cuyas intenciones no le parecían nada buenas. Pero luego se dijo que sería descubierto apenas abandonase el refugio de la cueva, y los tipos aquellos dispararían contra él. Por mucho que corriese, las balas serían siempre más rápidas.

Echó una ojeada a su alrededor, en busca de un medio de defensa. Al fondo, apoyado en la pared, divisó un rifle. Corrió hasta alcanzar el final de la oquedad y tomó el arma con las dos manos, preguntándose cómo se manejaría. Él estaba acostumbrado a utilizar armas infinitamente más poderosas, pero no manuales, sino accionadas por controles remotos manejados desde el
C. D. T.
En su vida había tenido en las manos otra cosa más que inofensivos cuchillos de mesa.

Pero no en balde había recibido tantas enseñanzas durante

veinte largos años. Parte de aquellas enseñanzas habían estado dedicadas a cosas mecánicas, muchísimo más complicadas que el rifle que empuñaba. En caso de avería, un Artillero Imperial debía saber cómo se reparaba un
C. D. T.
estropeado y la maquinaria del
C. D. T.
era complicadísima. En pocos segundos, pues, estuvo en situación de saber cómo se cargaba y descargaba el rifle que tenía en las manos.

Volvió de nuevo hacia la entrada de la cueva. Los dos sujetos estaban ya a la mitad del camino. Ahora avanzaban recelosos, con las armas preparadas, fijos los ojos en la oquedad que se alzaba en la ladera cuyo ascenso acababan de emprender.

Levantó el rifle, pero se contuvo al instante. No tenía nada contra aquellos individuos y le repugnaba tener que cortar el hilo de una vida. Quizá sus intenciones fueran pacíficas y su actitud reticente y cautelosa se debía a las precarias condiciones de la vida en la Tierra. Prefirió intimarles a que se detuvieran antes de abrir fuego.

—¡Eh! —gritó—. ¡Quietos ahí! ¡No os mováis o dispararé contra vosotros!

Los dos hombres se detuvieron, bastante sorprendidos al escuchar la voz del joven. Kerrel se dio cuenta de que se habían quedado aturdidos, al ver un hombre en el lugar donde habían esperado encontrar a la muchacha.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, uno de los dos sujetos se echó el rifle a la cara y disparó contra el joven.

La bala zumbó junto a la oreja derecha de Kerrel y fue a perderse con agudo gemido en el fondo de la cueva. Kerrel se tendió en seguida de bruces y así pudo escapar al segundo disparo que le había hecho el otro individuo.

Ahora ya no le cabía la menor duda acerca de las intenciones de aquellos dos forajidos. Sintió que el corazón le palpitaba con violencia. Era su primera lucha individual, el primer combate en el que intervenía de un modo directo y no de una manera impersonal y distante como cuando había estado dirigiendo las maniobras de la nave desde el

C. D. T.
Antes no veía a nadie; había matado a miles de hombres con la sola presión de unos cuantos botones, a miles de kilómetros de distancia; pero ahora los tenía tan sólo a unos pocos pasos y podía verlos con toda claridad. Las cosas eran completamente distintas y, por un instante, experimentó el miedo de la derrota, el miedo a la muerte. ¿Por qué no les habrían enseñado a combatir de aquella manera?

Asomó la cabeza. Los dos sujetos corrían ladera arriba, ansiando alcanzar cuanto antes la entrada de la cueva. Si lo conseguían, podía darse por perdido.

De repente estalló un disparo. Estupefacto, Kerrel vio a la muchacha a un centenar de pasos, con el rifle en la mano. Uno de los sujetos giró con violencia sobre sus talones, cayó al suelo y empezó a rodar ladera abajo, agitando los brazos y las piernas.

El otro se volvió apoyó la rodilla en el suelo, para apuntar hacia Stella. El gesto del rufián pareció sacar a Kerrel del morboso estatismo en que había caído. Apuntó con cuidado y disparó.

Su disparo se confundió con el segundo de Stella. El hombre manoteó durante unos segundos; luego cayó de cara y quedó inmóvil, al ser perforado su cuerpo por dos proyectiles.

Sudando de miedo, Kerrel se puso en pie y se asomó fuera de la cueva. Sentíase débil y mareado. Resultaba muy distinto matar en persona a un hombre y verle caer, a manejar proyectiles de inmenso poder desde el puesto neutro de un
C. D. T.
Las cosas eran muy distintas cuando se veía correr la sangre que uno mismo había hecho derramar.

Stella corría ya hacia él. Alcanzó al primer caído y le dirigió una rápida mirada. Luego empezó a subir la pendiente.

—¿Estás bien, Kerrel?

Kerrel dio unos cuantos pasos fuera de la cueva. Una leve brisa azotó su rostro y secó el sudor que lo cubría.

—Sí —contestó con voz insegura:

Stella se detuvo al lado del segundo cadáver. Luego se le acercó despacio.

—Eran dos «Cuervos» —manifestó, sin ninguna emoción en la voz.

—«Cuervos» —repitió él—. Yo creía que no iban a venir más por

estos parajes.

La muchacha arrojó al suelo unos conejos que había cazado a tiros.

—Algo les ha hecho variar la opinión —manifestó. Se puso en cuclillas y empezó a despellejar a los animales—. Ayúdame, ¿quieres?

Kerrel se arrodilló junto a la muchacha, venciendo la repugnancia que le inspiraban los animales muertos. Pero, se dijo, mientras viviese en la Tierra, debería habituarse a la forma de existencia en el planeta.

—¿Qué es lo que crees que les ha hecho cambiar de opinión, Stella?

—Tú. Seguramente, han visto tu astronave y se acercaron a investigar.

—No lo entiendo. ¿Qué beneficios puede reportarles mi captura? Además, no estoy siquiera seguro de que desearan capturarme vivo. Empezaron a disparar contra mi apenas me vieron.

Stella movió la cabeza.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo—. De todas formas, eso no importa. Después llevaremos los cadáveres lejos de aquí y los dejaremos en sitio bien visible. Así se darán cuenta de cuál es nuestro modo de pensar acerca de ellos.

—Pero ¿no existe algún modo de entenderse pacíficamente con «Los Cuervos»? ¿Es que cada vez que te encuentres con uno de ellos tienes que matarlo?

Stella le lanzó una mirada furiosa.

—Mataron a mis padres y al hombre que iba a ser mi esposo. No me matarían a mí, pero ¿te imaginas lo que harían conmigo si lograsen capturarme viva?

Kerrel se estremeció.

—Sí, me lo imagino. Por lo visto —agregó tras una corta pausa —, esos bandidos no tienen desperdicio.

—Ninguno de ellos vale más que la bala que sirve para matarlos —contestó la muchacha en tono despectivo.

—Ayer me dijiste que, a veces, se esconden también en otros mundos. ¿Es que disponen de astronaves?

—Sí. Según tengo entendido, en ocasiones llegan a gran distancia de la Tierra. En el espacio también se dedican al merodeo

y la rapiña.

Kerrel dejó escapar una exclamación.

—Entonces, deben ser los sujetos a quienes nosotros llamamos contrabandistas, ladrones y buitres del espacio.

—Es posible. Aquí, en la Tierra, se les da ese nombre. Vista su forma de actuar, convendrás conmigo en que es el más adecuado.

—Sí —contestó el joven, bastante preocupado.

Terminaron de despellejar los conejos. Con rapidez y habilidad, Stella los espolvoreó de sal y después los colocó en un lugar resguardado. Más tarde, vertió agua en un hueco practicado en la roca y se lavó las manos.

—Ya es hora de desayunar —dijo.

El menú fue el mismo de la tarde anterior. Kerrel se dijo que le parecía imposible estar comiendo a poca distancia de los cadáveres de dos hombres. Si un día volvía a su planeta y relataba aquella aventura, las gentes que le escuchasen se estremecerían de horror. Las muertes violentas, con efusión de sangre, eran prácticamente desconocidas en el Imperio. Sólo morían los astronautas… convertidos en impalpables fragmentos de polvo estelar.

Al terminar el desayuno, Stella dijo que debían retirar los cadáveres. Kerrel hubo de esforzarse por dominar las convulsiones de su estómago, pero al fin consiguió normalizar su equilibrio físico.

Arrastraron los cadáveres a buena distancia de la cueva y los abandonaron en un lugar despejado. Al terminar el segundo viaje, Stella le preguntó si se sentía cansado.

—No, aunque he de confesar que el transporte de cadáveres es un ejercicio nuevo para mí —contestó con agrio humorismo.

—Tampoco yo lo practico a diario. Pero cuando se trata de un «Cuervo», mi cansancio, si lo tengo, desaparece. Bien, vamos a recoger las armas y un par de bolsas. Las ruinas de la ciudad están a dos horas de marcha.

Stella hablaba con un tonillo autoritario, sin que pareciese admitir ninguna objeción. Por otro lado, Kerrel tampoco tenía ninguna que formular. En cierto modo, lo que le estaba ocurriendo, pese al riesgo de perder la vida, era una excitante aventura para él y quería disfrutarla hasta el fin.

Minutos después, cada uno con su rifle y las municiones correspondientes, más sendas bolsas, cuyo objeto no quiso

explicarle la muchacha por el momento, emprendían la marcha hacia la ciudad en ruinas.

* * *

Ciento veinte minutos más tarde, se encontraron ante un caudaloso río, franqueado por varios puentes cubiertos de vegetación por completo. En todo el trayecto no habían sufrido el menor tropiezo, aunque en una o dos ocasiones habían divisado algunas fieras semejantes a la que la muchacha había matado el día anterior. Panteras, le dijo que se llamaban.

—Antiguamente, vivían en los lugares tropicales, pero ahora se han aclimatado y es posible hallarlas en todas las regiones de la Tierra, excepto en las que están cubiertos por los hielos eternos.

Atravesaron el puente, luchando a veces con una vegetación exuberante que se resistía a permitirles el paso. Llegaron al otro lado y penetraron en lo que siglos antes había sido una gran avenida.

Los edificios se habían ido desmoronando poco a poco con el paso de los años, a la vez que la hierba y la maleza crecía en libertad por todas partes. El suelo tenía numerosas grietas, en las cuales nacían también los hierbajos. A veces, los montones de escombros alcanzaban alturas impresionantes, y era preciso dar un rodeo para poder seguir adelante.

Kerrel se sintió deprimido. Aquellas ruinas habían sido en otro tiempo una ciudad floreciente, emporio de una civilización que había desaparecido por el abandono de sus propios miembros. Algunos claros entre la densa vegetación permitían ver fragmentos de edificios, cuya fachada externa proclamaba el alto grado artístico a que habían llegado los terrestres antes de emprender el éxodo a las estrellas.

De pronto, al volver una esquina, se encontraron con un pequeño grupo de personas: dos hombres, dos mujeres y varios niños de diferentes edades. Stella y Kerrel aprestaron sus armas en el acto, al mismo tiempo que los hombres se colocaban delante de sus mujeres y su prole para defenderlas con sus rifles.

Los dos grupos se contemplaron en silencio durante unos instantes. Uno de los hombres se adelantó un paso.

—No tratamos de haceros daño —dijo—. Soy Briner. Éste es mi hermano Danyl. Viajamos con nuestras mujeres y nuestros hijos en busca de un lugar propicio para acomodarnos.

—Yo soy Stella —contestó la muchacha—. Éste es mi amigo Kerrel. Si no queréis hacernos daño, nosotros tampoco os lo haremos, Briner.

—Lo celebro —contestó el sujeto—. ¿Puedes indicamos algún lugar apropiado para acampar, Stella?

—¿Provisional o definitivamente? —indagó la muchacha.

—Depende de las condiciones del lugar —respondió Danyl.

—Abandonamos el que teníamos, porque vimos llegar una nave de «Los Cuervos». Son malos y nos matarían si nos encontrasen.

—Nosotros hemos matado a dos esta mañana —exclamó Stella con orgullo—. Quizá viajaban en la misma nave que visteis descender.

—Habéis matado a dos «Cuervos» —exclamó Danyl con tono temeroso—. Los otros tomarán represalias contra vosotros.

—Que vengan —exclamó la muchacha con altivez—. Sabremos darles su merecido.

—Son malos, muy malos —dijo Danyl. Se volvió hacia su hermano—. Sigamos, Briner. Debemos alejamos de estos lugares cuanto antes.

—Un momento —intervino Kerrel.

Todos se volvieron hacia él. El joven se sintió un tanto incómodo al darse cuenta de la expectación que provocaba su gesto.

—A lo que parece, «Los Cuervos» no tienen nada de bueno, en efecto —dijo—. Pero si en lugar de un par de rifles se encontrasen con cuatro, las posibilidades de supervivencia, en caso de un ataque por parte de esos rufianes, aumentarían de forma considerable.

—¿Estás sugiriendo que debemos unirnos contra el enemigo común? —preguntó Stella.

—Eso es.

Briner agarró a su mujer por el brazo.

—No quiero saber nada con vosotros —manifestó—. «Los Cuervos» son más, muchos más, y sus armas son infinitamente más poderosas que las nuestras. Cuanto mayor sea nuestro número, más fácil resultará para ellos descubrirnos. Así pasaremos mejor inadvertidos. Sigamos.

Stella y Kerrel se apartaron para dejar paso al amedrentado grupo. Kerrel se percató de que sería inútil insistir en algo que no era siquiera tomado en cuenta.

—Ha sido una verdadera lástima —se lamentó, cuando el grupo hubo desaparecido—. Si pudiéramos reunir a todas las gentes dispersas, nuestras posibilidades de vencer a «Los Cuervos» resultarían inmensas.

—Lo veo muy difícil —suspiró la muchacha—. En parte, tienes razón, pero Briner y Danyl también la tienen. Ellos son poderosos y están muy bien armados. Excepto por el uso de los rifles, los terrestres vivimos sobre el planeta poco menos que de la misma forma que se vivía en la Edad de Piedra. Resulta punto menos que imposible combatir con unos sujetos que disponen de astronaves y armas capaces de arrasar vastas regiones de la Tierra. Si lográsemos formar una comunidad de sólo un millar de personas y se enterasen, nos matarían de un golpe. En cambio, una o dos o hasta seis personas, cómo es el caso de Briner y Danyl, tienen muchas más probabilidades de pasar inadvertidos, que es lo mismo que poder seguir viviendo.

Kerrel aceptó las explicaciones de la muchacha.

—Sí, ya he podido darme cuenta de ello. En fin, no era más que un sueño y deseos de ayudaros. Sigamos, Stella.

Prosiguieron su camino. Al cabo de media hora, más o menos, Stella se volvió hacia Kerrel y le dijo:

—Ahora vas a ver algo completamente nuevo para ti.

—¿De qué se trata? —preguntó él, lleno de curiosidad.

—Espera un momento. Sígueme.

Stella se adentró por lo que parecía ser un túnel de verdor, tan bajo y tan angosto, que sólo el que conociera el lugar podía diferenciarlo de la espesa vegetación circundante. Incluso, a veces, tenían que apartar las ramas con fuerza para poder continuar su camino.

De pronto, la muchacha se detuvo al otro lado del muro de vegetación. Asombrado, Kerrel vio abierto un hueco en el suelo, casi a los pies de Stella.

—Aquí es —indicó la joven.

CAPÍTULO VI


in la menor vacilación, Stella emprendió el descenso de una escalera que comenzaba en la misma abertura. Kerrel la siguió en el acto, preguntándose adonde iría a parar la muchacha.

La luz del día se fue atenuando a medida que se hundían en las profundidades de la tierra. Stella se detuvo de pronto y de un hueco del túnel sacó una antorcha, que encendió con ayuda de unos fósforos que había en el mismo hueco. Entregó la antorcha a Kerrel y tomó otra para sí. Provistos ya de luz, continuaron el descenso.

A su alrededor todo eran tinieblas.

Unos momentos después, llegaban a una vasta sala subterránea, cuyo final no podía divisarse, debido a que la luz que proyectaban las antorchas no era suficiente. A pesar de todo, Kerrel vio en las inmediaciones una larguísima serie de estanterías adosadas a los muros de la estancia y cuajadas de libros de todas clases y tamaños.

Aunque estaba habituado a leer en pantallas sobre las cuales se

proyectaban «microfilms», había ocasiones en que era preciso utilizar libros. Por dicha razón, Kerrel comprendió la enorme importancia que tenía la vasta biblioteca que estaba contemplando en aquellos momentos.

—Muchas veces vengo aquí a entretenerme, cuando no tengo nada que hacer —explicó Stella—. Otras veces, sobre todo en invierno, me llevo unos cuantos volúmenes para leer durante las largas noches en que no se puede hacer otra cosa.

Kerrel movió la cabeza. Se acercó a uno de los estantes y tomó un libro. Estaba magníficamente conservado y así se lo hizo observar a Stella. El rostro de la muchacha se oscureció.

—La humedad acabará por destruirlos poco a poco —dijo—. Este subterráneo permaneció escondido durante siglos. No lo hubiera encontrado a no ser por casualidad. El suelo cedió y estuve a punto de rodar por la escalera. Luego se me ocurrió penetrar y… Pero de eso hace ya año y medio, aproximadamente.

—Si he de pasar un invierno en este planeta, colocaremos una puerta que aísle la biblioteca de la intemperie —prometió él.

Stella le dirigió una curiosa llamada.

—¿No tienes esperanza de que vengan los tuyos a buscarte, Kerrel? —preguntó.

—No sé qué decirte. La señal de llamada funciona sin descanso… pero hay que tener en cuenta que estamos del lado de acá de la Nebulosa Negra.

—Dijiste que teníais prohibido franquearla —observó, ella—. No acabo de comprender los motivos. Más bien parece que esa prohibición se derive de una superstición que de algo lógico y razonable. Una civilización tan adelantada como la vuestra, no debiera fiar el fundamento de sus leyes a las supersticiones.

—Así debiera ser —convino Kerrel—, aunque bien es verdad que nunca se me ocurrió preguntar en qué se basaba tal prohibición. Quizá —añadió—, fue el miedo a recibir una respuesta negativa. Como sea, ello importa poco ahora, ¿no te parece?

Stella le dirigió una sonrisa animadora. Luego habló de continuar:

—Ven —le invitó.

Continuaron su camino. El subterráneo no parecía tener fin. Al cabo de unos quince minutos, llegaron a una puerta entornada, que

conducía a otra sección del subterráneo. Stella empujó la puerta y pasaron al otro lado.

—Ahora podrás comprender por qué dije de traer las bolsas —manifestó, deteniéndose a pocos pasos de la puerta.

Kerrel sonrió.

—Bien, no puede decirse que estés desprovista de medios de subsistencia, tanto para la mente como para el cuerpo —se extrañó, al ver las interminables hileras de estantes, abarrotadas de toda clase de latas de conservas y botellas de diferentes clases—. Lo que no alcanzo a explicarme es cómo los alimentos han podido conservarse durante tantos cientos de años.

Stella sujetó la antorcha en un saliente y empezó a llenar de latas su bolsa.

—Encontré hace tiempo un folleto que hablaba sobre irradiación —contestó—. Por lo que sé, éste era un almacén para una eventualidad de guerra y, hasta que lo descubrí yo, había permanecido herméticamente cerrado, lo cual, es de suponer, colaboró también a la conservación de los alimentos.

Kerrel empezó a meter latas en su bolsa.

—Como sea, no cabe la menor duda de que esto nos permitirá variar la dieta de conejo y vino. Dime, Stella, ¿cómo no se te ha ocurrido venirte a vivir aquí definitivamente?

—En la cueva puedo defenderme mucho mejor —respondió ella—. Por otra parte, si residiese aquí, tendría que hacer humo y esto podría atraer a otras personas. Es duro tener que reconocer que mi comportamiento es egoísta, pero las circunstancias no permiten actuar de otra manera. Así, con un viaje o dos cada treinta días, quedo abastecida, y, además, nunca sigo el mismo camino.

—Tienes razón. Sin embargo, y pese a tus deseos de vivir aislada, aceptaste mi compañía.

Los ojos de la muchacha despidieron un rápido chispazo.

—Ya te dije que lo hice porque eres un ser de otro planeta.

—¿Y si hubiera sido un terrestre? —preguntó él con intención.

—Posiblemente, habrías disparado contra mí a la menor oportunidad —respondió ella con sencillez.

—O no. ¿Quién sabe?

Los dos jóvenes se miraron a los ojos durante unos momentos. A pesar de la deficiente iluminación de las antorchas, Kerrel vio que

las mejillas de Stella enrojecían un poco, a la vez que su busto palpitaba con un ritmo más rápido de lo acostumbrado.

Stella fue la primera en romper aquel momento de tensión. Con voz ronca, dijo:

—Volvamos a la cueva, Kerrel.

—Sí —contestó él, embargado por una extraña emoción que no había sentido hasta entonces.

Cargaron con las bolsas, llenas hasta rebosar, y después de recoger las armas, tomaron las antorchas y se dirigieron hacia la salida.

Cuando ya ponían los pies en los primeros escalones, oyeron un rápido tiroteo que se producía a cosa de un kilómetro de aquel lugar. Kerrel apagó rápidamente su antorcha y luego apartó a la muchacha de la entrada.

—Cuidado, Stella —aconsejó en voz baja.

Los disparos duraron unos cuatro o cinco minutos. Luego, se acallaron.

—«Los Cuervos» —murmuró ella con acento sombrío.

—Otra vez. ¿Por qué?

—Lo ignoro —contestó Stella.

—Debiéramos quedarnos aquí por esta noche. —Kerrel miró hacia arriba—. Pronto oscurecerá. La noche es propicia para las emboscadas. No nos falta comida ni bebida y, supuesto que dices que nadie conoce este escondite, podríamos permanecer en él hasta la llegada del nuevo día.

Stella aceptó la sugerencia después de meditarlo unos segundos. Descargó sus cosas y las dejó a un lado de la entrada. Luego, sacó un par de latas y empezó a preparar la cena.

Comieron en silencio, sin cambiar otra cosa que breves palabras. Los dos se sentían asaltados por lúgubres presentimientos. Al parecer, la actividad de «Los Cuervos» se había redoblado en aquellos días.

—Parece como si mi llegada a este planeta tuviera algo que ver con sus movimientos —observó Kerrel al terminar la cena.

—No lo entiendo —murmuró Stella—. Es cierto que si ven a uno de nosotros, lo matan, casi más por puro capricho de verter sangre, que por necesidad de defensa. Sin embargo, esto ocurre muy de tarde en tarde; jamás se habían producido tantos disparos con esta

frecuencia.

—Mañana lo averiguaremos —opinó él—. Es una lástima que no haya podido convencer a Briner y a Danyl de la real necesidad de unirnos y de los grandes beneficios que habríamos podido conseguir.

—Dudo mucho que consigas nada parecido con los restantes habitantes del planeta. Los grupos más grandes son como el que vimos esta tarde. Lo corriente es una pareja con sus hijos. Cuando éstos tienen edad, buscan una pareja del sexo contrario y se marchan de los padres. Es la costumbre, Kerrel.

—Lo cual no deja de ser un completo absurdo —arguyó él con vehemencia—. ¿Es que no ven los perjuicios que esta forma de actuar les ocasiona?

Stella movió la cabeza.

—Resulta difícil cambiar una mentalidad de siglos, Kerrel, no le des más vueltas.

—Sí, ya lo veo. Incluso tú preferías vivir sola a la compañía de tus semejantes.

—Ya conoces las causas —respondió ella.

Y con estas palabras dio por terminada la conversación.

Kerrel durmió mal, inquieto y desasosegado por el giro que estaban tomando los acontecimientos. Despertó casi antes de que se hiciera de día, observando que Stella dormía aún. Preparó el desayuno y lo tuvo listo para cuando ella abrió los ojos.

Comieron en seguida. Luego cargaron con las bolsas y subieron las escaleras, deteniéndose en la entrada.

No se oía el menor ruido. Salvo el leve susurro de las hojas de los árboles, el silencio era absoluto. Animados por la quietud que se apreciaba, salieron al exterior y atravesaron el muro de vegetación.

Caminaron con suma cautela, con las armas a punto, mirando sin cesar a todos lados. Treinta minutos más tarde, Stella se detuvo de pronto, a la vez que agarraba con la mano el brazo del joven.

—Mira, Kerrel.

Kerrel se estremeció. A treinta o cuarenta pasos de distancia se divisaban unos cuantos cuerpos humamos tendidos en el suelo, en medio de unas manchas oscuras, de inconfundible significado.

Aquello les aclaró el origen de los disparos que habían escuchado el día anterior. Se acercaron poco a poco al lugar donde

yacían los cadáveres.

—«Los Cuervos» —dijo Kerrel, dominando una crispación de ira. De súbito se volvió hacia la muchacha—. ¿Son tan salvajes que no respetan a las mujeres y a los niños?

—Ya puedes verlo por ti mismo —respondió ella—. Fue una matanza innoble. Ni siquiera les dieron tiempo a defenderse.

Kerrel movió la cabeza. Sentía que su pecho hervía de cólera, lo que le hacía ver todo de color rojo.

—Si un día me encuentro con un «Cuervo», no le daré tampoco ninguna oportunidad —manifestó rabiosamente.

—Eso está bien, pero habrás de tener mucho cuidado que él no te vea a ti primero —advirtió Stella.

De pronto, Kerrel notó algo extraño en los cadáveres que yacían por el suelo dispersos en trágicas posturas.

—Aquí encuentro algo raro —murmuró.

—¿Qué es, Kerrel? —preguntó Stella.

Kerrel no contestó por el momento. Le parecía hallarse delante de un círculo incompleto, de un cuadro sin terminar. Pero no acertaba a encontrar el trozo que faltaba.

—«Los Cuervos» se llevaron las armas —musitó. Contó los cadáveres: cinco niños, dos mujeres, un hombre…— ¡Ya está! —exclamó de pronto.

Se arrodilló al lado del cuerpo del único adulto y le volvió de cara.

—Éste es Danyl —dijo.

—Entonces, falta Briner.

Kerrel dijo:

—Se lo habrán llevado prisionero.

Stella movió la cabeza en gesto negativo.

—«Los Cuervos» no hacen nunca prisioneros… a menos que se trate de una mujer joven y… —Se ruborizó un poco a la vez que se interrumpía.

—Y bonita —concluyó él, poniéndose en pie—. Pero estas mujeres no les interesaban. Aunque no son unas viejas, estaban ya muy gastadas por los trabajos y la maternidad y, además, si los dos hermanos se defendieron, las matarían como represalia. El caso es que si Briner no fue hecho prisionero, consiguió escapar.

—Compadezco al «Cuervo» que tenga la mala suerte de caer en

sus manos —dijo ella. De pronto se estremeció—. Vámonos de aquí, Kerrel.

* * *

Dos horas más tarde, llegaban a las cercanías de la cueva. Antes de emprender la ascensión, examinaron con todo cuidado el trozo de terreno despejado que había al pie de la colina. Era preciso asegurarse de que no había ningún enemigo en las proximidades.

Al cabo de un rato, subieron la ladera. Entraron en la cueva y apenas lo habían hecho, se detuvieron los dos con gesto simultáneo.

Todo aparecía revuelto y en confusa mezcolanza. Parecía como si hubiera pasado una banda de salvajes por aquel lugar. Los cacharros aparecían rotos en mil pedazos y las pieles rasgadas en tiras. Las reservas de víveres de la muchacha habían sido arrojadas al suelo y pisoteadas. El desorden más absoluto reinaba en la estancia:

—Esto es obra de «Los Cuervos» —murmuró ella, descorazonada.

—Bien, algún día podremos darles su merecido. —Kerrel se despojó de su equipo y empezó a trabajar para reparar los destrozos en lo posible—. Nunca supuse que pudieran existir unos sujetos de tal calaña.

Stella se sentó en una de las piedras. Parecía a punto de echarse a llorar. Kerrel lo observó y se mordió los labios. Quiso decirle algo que sirviera de consuelo, pero lo pensó mejor y se dijo que lo más conveniente para ella era que se desahogase con una buena llantina, si de este modo iba a sentirse con mejor ánimo.

Al cabo de un rato, Stella le miró, con una desvaída sonrisa en los labios.

—Tienes que excusarme, Kerrel —dijo—. La verdad, a veces me siento harta de este género de vida.

—«Los Cuervos» se muestran más activos que de ordinario… —Kerrel se detuvo un momento en su labor, con unos trozos de piel en la mano y la rodilla derecha en el suelo—. Pero, me pregunto: ¿por qué han venido aquí dos veces en veinticuatro horas?

Stella guardó silencio, ya que no sabía qué contestar a la pregunta del joven.

CAPÍTULO VII



os días que transcurrieron no trajeron ninguna novedad apreciable. Los forajidos parecían haber desistido de regresar otra vez a la cueva o sus inmediaciones, cosa que hizo pensar a Kerrel que «Los Cuervos» debían de haber creído, al no hallarlos la segunda vez, que habían abandonado el lugar definitivamente. No obstante, continuaban manteniendo las precauciones y no daban un paso fuera de la cueva sin ir juntos y con las armas listas para usarlas en el acto, a la menor señal sospechosa.

Poco a poco, Kerrel se iba acostumbrando a aquel primitivo género de vida, en lo que, aparte de los libros y de las conservas, de los cuales habían hecho un buen acopio en varios viajes al subterráneo, lo único moderno eran las armas de fuego. No obstantes y, por consejo de la muchacha, se abstenían de utilizar los rifles, con objeto de no producir ruidos que pudieran delatar su posición. Stella se había mostrado como una diestra cazadora y los

lazos que ponía servían para renovar sus provisiones de alimentos frescos. A doscientos metros de la cueva pasaba un arroyo, en el cual hacían sus abluciones y de cuyas aguas se servían para calmar la sed. Los peces abundaban en el arroyo y Stella le enseñó a pescarlos con una simple rama recta, de punta aguzada en uno de sus extremos. Así iban transcurriendo los días, tranquila y plácidamente, sin que al cabo de varias semanas hubieran vuelto a tener noticias de los forajidos.

Un día, después del desayuno, Kerrel y Stella salieron para recorrer las trampas colocadas la víspera. Cruzaron el arroyo y se adentraron por la floresta, con los rifles a punto. No los utilizarían a menos que fuera absolutamente preciso, pero erales forzoso no descuidar la vigilancia en ningún momento.

Caminaron durante un par de horas, describiendo un amplio semicírculo, cuyo centro era, aproximadamente, la cueva donde se guarecían. El tiempo bueno pasaba ya y pronto llegaría la estación de las lluvias primero y la del frío a continuación. Según Stella, a veces nevaba con tal intensidad que quedaba bloqueada en la cueva durante largos días. Por lo tanto, era necesario mantener una reserva de víveres, cosa con la que Kerrel estaba conforme.

De pronto, cuando menos lo esperaban, los ramajes crujieron a su derecha. Los dos se volvieron rápidamente y apuntaron con los rifles hacia el lugar donde se agitaban los arbustos.

Un hombre surgió de repente ante sus ojos, emitiendo una serie de horribles gruñidos. Era un «Cuervo», lo reconocieron al instante, por sus típicas ropas negras. El sujeto se agarraba el cuello con ambas manos, realizando una serie de gestos incomprensibles para la pareja.

De pronto, Kerrel adivinó la causa de los frenéticos movimientos del «Cuervo». Una cuerda pendía desde lo alto de una rama de un árbol, a cuyo pie se hallaba el rufián. Alguien, oculto entre las hojas, tiró de la cuerda y el cuerpo del forajido ascendió un par de palmos.

Las piernas del «Cuervo» se agitaron de una forma horrible, a la vez que su rostro se deformaba por el estrangulamiento a que estaba siendo sometido. Sus ojos giraron en las órbitas durante unos momentos. Luego, cesaron las convulsiones y los miembros del rufián se fueron relajando.

Entonces, un hombre se descolgó de la rama al suelo y quedó frente a los dos jóvenes, quienes no se habían recobrado todavía del estupor que les había producido el inesperado suceso.

Kerrel reconoció al individuo en el acto.

—¡Briner! —exclamó.

Briner se arrodilló y recogió el rifle del «Cuervo» antes de contestar una palabra. Luego se acercó a la pareja.

—Os estaba espiando —manifestó con sencillez.

Kerrel respingó.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé. —Briner se encogió de hombros—. Tengo hambre. ¿Podéis darme algo de comer?

Sus ojos se fijaron ávidamente en las piezas que habían cazado Kerrel y Stella.

—Ven con nosotros a la cueva —invitó la muchacha—. Allí podrás comer todo lo que quieras. Pero, dinos, ¿cómo lograste salvarte?

—Esos canallas nos atacaron de improviso, sin darnos tiempo a defendernos. A mí me dieron por muerto. Recibí un balazo en un lado de la cabeza y perdí el conocimiento. Al despertar, encontré muertos a todos. —Briner respiraba con esfuerzo—. Desde entonces, no hago otra cosa que matar a todo «Cuervo» que me encuentro. He colgado ya a siete —añadió en tono orgulloso.

Kerrel se estremeció al captar el acento de salvajismo que latía en las palabras de Briner. Éste se lamentó:

—Las cosas habrían ocurrido de muy distinta manera si te hubiésemos hecho caso, Kerrel —dijo—. Ahora, ya es tarde para todo… excepto para una cosa: para seguir matando «Cuervos». Los ahorco a todos. Eso es como una advertencia y, además, no hago ruido.

Kerrel dirigió la vista hacia la muchacha. Stella movió la mano.

—Ven con nosotros, Briner. En nuestra cueva podrás descansar. Quizá no es tan tarde como crees para empezar a unirnos contra «Los Cuervos».

—Hablé con algunos y parecían conformes. Pero están irresolutos todavía y no saben qué hacer —expresó Briner, sin dejar de caminar.

—Ya discurriremos algo —murmuró Kerrel.

Estaba muy preocupado, porque el sujeto a quien Briner había ahorcado les había estado espiando sin que ellos se diesen cuenta.

Poco más tarde, llegaron a la cueva. Allí, Stella ofreció de comer a Briner, quien, por cierto, no desaprovechó la ocasión. El sujeto estaba hambriento de verdad y durante un buen rato no hizo otra cosa que ingerir alimentos a toda velocidad. Al terminar, se embauló de un solo golpe el vaso de vino que le ofrecía Stella. Eructó ruidosamente y luego se secó las manos, manchadas de grasa, en los muslos.

—Gracias —contestó—. Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí.

—No te preocupes —dijo ella—. Ahora, cuéntanos, ¿qué sabes de «Los Cuervos»?

—Me parece que os están buscando —contestó Briner.

—El sujeto a quien tú ahorcaste, nos estaba espiando —añadió Kerrel—. ¿Tienes alguna idea de por qué lo hacía?

—No del todo, salvo que, no hace muchos días, sorprendí al jefe de «Los Cuervos» en persona, hablando con un individuo de lujosas vestimentas, como no se habían visto jamás en este planeta. Ignoro de qué hablaban con exactitud, pero me pareció oír mencionar tu nombre —contestó Briner.

—Un sujeto vestido con mucho lujo —exclamó la muchacha—. Ni siquiera «Los Cuervos» visten así. Ese individuo no es terrestre.

El pecho del joven se agitó.

—Quizá era algún alto oficial del Imperio y anda buscándome —sugirió. Pero casi en seguida, desalentado, añadió—: No, no puede ser. Ningún imperial franquearía la barrera de Sikilon. Briner, ¿estás seguro de que oíste pronunciar mi nombre?

—Casi seguro, Kerrel —contestó el hombre.

—¿Hacia dónde?

La mano de Briner señaló en línea recta fuera de la cueva.

—Hacia allí. A unos dos días de camino.

Las miradas de Kerrel y Stella se cruzaron.

—Sería conveniente —murmuró el primero—, realizar una exploración con objeto de averiguar los propósitos de esos forajidos y adelantarnos a ellos. ¿Qué te parece, Stella?

Ella reflexionó un momento.

—No estaría mal, desde luego. El asunto del «Cuervo» que nos

espiaba me tiene bastante preocupada, lo digo con franqueza.

—Quizá, en estos momentos, tengamos a otro «Cuervo» escondido entre la maleza, vigilando la entrada de la cueva.

Stella se sobresaltó, a la vez que dirigía una rápida mirada hacia aquella dirección.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó.

Kerrel se puso en pie y cogió su rifle.

—Por si acaso —dijo—, voy a revisar el arma. No siento deseos de que me falle en el momento oportuno. —Sus ojos se clavaron durante unos momentos en la floresta que comenzaba a doscientos metros de distancia—. Dentro de tres días sabremos con exactitud cuáles son las intenciones de esos sujetos.

—Yo os acompañaré —se ofreció Briner—. Es decir, si no tenéis inconveniente en ello.

Kerrel le dirigió una larga mirada.

—Me parece que ya es hora que empieces a comprender la conveniencia de estar unidos frente al enemigo común, Briner.

—Demasiado tarde lo he visto —se lamentó el individuo.

Luego que acordaron que aquella noche harían turnos de vigilancia, a fin de no ser sorprendidos durante el sueño. Kerrel se quedó el primero y envió a dormir a la muchacha y a Briner. Sentado en la entrada de la cueva, con el rifle sobre las rodillas, dejó pasar el tiempo.

Pasada la medianoche, sintió que alguien se le acercaba. Se puso en pie.

—Hola —susurró Stella.

—Todo marcha bien —dijo él—. ¿Por qué te has levantado? Ya te hubiera llamado yo en el momento oportuno.

—Has estado vigilando demasiado tiempo y es hora de que duermas un poco. Además, no tengo sueño —respondió la muchacha.

—A los Artilleros Imperiales se nos enseña a controlar psíquicamente el sueño. Podría permanecer tres días sin dormir —respondió él.

—Una cualidad muy notable —murmuró Stella. Durante unos momentos permanecieron en silencio, contemplando el cielo estrellado, en medio de la absoluta quietud de la noche. De pronto, la muchacha preguntó—: Kerrel, dime, si vinieran a buscarte los

tuyos, ¿volverías a tu mundo?

—Sí, claro. Es mi obligación.

Ella movió la cabeza, como haciéndose cargo.

—Es cierto —musitó.

De nuevo sobrevino otra pausa. Kerrel observó a la joven con disimulo. Stella respiraba muy agitada, pues su busto subía y bajaba con más rapidez de la acostumbrada. Durante unos momentos pensó en que era la mujer que le convenía, pero un Artillero Imperial no podía soñar en casarse, mientras no hubiera cubierto sus cinco años de servicio en primera línea. Además, ella había manifestado con claridad su voluntad de quedarse en la Tierra. Pero ¿no tendría él que quedarse también en aquel planeta para siempre?

—Stella —murmuró al cabo de unos momentos.

—¿Sí, Kerrel?

—Dime una cosa. Si llegaran los míos a buscarme un día, ¿no te gustaría venir conmigo al Imperio?

Ella le dirigió una larga mirada.

—¿Por qué me haces esa pregunta, Kerrel?

—No tienes aquí a nadie que te retenga. Estás sola… y eso no es bueno para una mujer joven y hermosa. En el mundo donde yo vivo, la existencia sería para ti mucho más fácil y llevadera. Has salvado la vida a un Artillero Imperial y se te concedería una gran recompensa. Además, te harían ciudadana del Imperio rápidamente y…

Stella movió la cabeza.

—Tu mundo debe ser maravilloso, pero sólo para visitarlo, no para residir en él, al menos mientras dure esa horrible guerra que, según tú, había empezado ya antes de que nacieras. Por otra parte, buena o mala, hostil o acogedora, la Tierra es mi mundo. He nacido aquí y deseo morir.

—¿Sola?

Stella levantó los hombros.

—Nadie puede predecir lo que le reserva el destino. Tú mismo estás deseando volver a tu mundo, que es donde naciste y has vivido hasta ahora, ¿no es así?

Kerrel hubo de convenir en que la muchacha tenía razón. Estuvo tentado de decirle que, si ella le aceptaba, se quedaría a su lado para siempre, pero calló, temeroso de una respuesta negativa. Stella

interpretó su silencio como una afirmación.

—¿Lo ves? —sonrió con tristeza—. Es lógico, cada uno debe vivir y morir en el lugar que ha nacido, Kerrel. Si ahora aterrizase una nave imperial, tú te marcharías inmediatamente, loco de alegría por volver a tu planeta.

Kerrel se dispuso a protestar. «¡Eso no!», casi gritó, pero se contuvo a tiempo. No, no se iría loco de alegría, sino porque le obligarían a ello. Pues empezaba ya a considerar la posibilidad de quedarse allí para siempre y aun esconderse si un día veía venir una astronave imperial.

—Tendremos que seguir la conversación otro día —se limitó a decir.

No tenía la seguridad de los sentimientos que Stella albergaba hacia él, pero comenzaba a creer que, si llegaba a saber que ella le amaba, lo olvidaría todo y acabaría quedándose en la Tierra por el resto de sus días.

—Sí —suspiró la muchacha.

Callaron un momento. Luego, Kerrel, bajando aún más la voz, dijo:

—Stella, ¿crees tú que Briner es de fiar?

—¿Por qué lo dices? —exclamó la muchacha, intrigada.

—Estoy pensando… «Los Cuervos» me buscan. Briner quiere acompañarnos. ¿No tratará de tendernos un lazo?

—Su hermano, su mujer y sus hijos murieron brutalmente asesinados. ¿Por qué habría de querer engañarnos? Además, ya viste de qué forma mató al sujeto que nos espiaba.

—Sí, parece ser que tienes razón, aunque también pudo hacerlo para ganarse nuestra confianza. Pero imagínate que «Los Cuervos» le han prometido que, si nos conduce hasta su guarida, le permitirán entrar a formar parte de la cuadrilla.

—Insisto en que Briner es de confianza, Kerrel. Y, ¿por qué no te vas ya a dormir de una vez? Mañana nos espera un largo viaje y debes estar descansado.

Kerrel obedeció. Se tendió sobre un montón de pieles, pero estaba excitado y le costó bastante conciliar el sueño.

Antes de dormirse pensó en la muchacha, con infinita ternura. Si «Los Cuervos» pudieran ser exterminados o, por lo menos, suprimidas sus criminales actividades, la vida en el planeta se

desarrollaría con muchísima más facilidad, sin riesgo de recibir un balazo a cada momento, pudiendo ir y venir por cualquier parte libremente, sin el menor peligro. Él y Stella, los dos juntos en la Tierra para siempre. Vivirían allí, tendrían hijos…, y él poseía grandes conocimientos que permitirían suavizar en gran parte las condiciones de vida del planeta. Elementos materiales no faltaban y, por contraste, se sentía vivamente atraído hacia una existencia tan primitiva. Claro que si todo ella se llevaba a efecto, deberían pensar en buscar otra vivienda más cómoda y adecuada. Él se preocuparía de arreglarla de forma conveniente y…

De repente, sin saber cómo, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se encontró solo en la cueva.

CAPÍTULO VIII


tella y Briner se habían marchado, de ello no cabía la menor duda. Aprovechando su sueño, habían abandonado la cueva, posiblemente cuando todavía era de noche, sin que él llegara a enterarse de sus propósitos.

Se puso en pie, aturdido y desconcertado por la nueva situación que se le planteaba. Recorrió la cueva con todo detenimiento; se habían marchado sin dejarle siquiera un arma de fuego para defenderse. Comida y bebida tenía en abundancia; esto era algo que no debía preocuparle en absoluto. Pero Stella no estaba allí.

Crispó los puños en un gesto de rabia impotente. ¿Por qué se habían marchado? Pero, sobre todo, Stella, ¿por qué le había abandonado? Las razones de la muchacha se le antojaban por completo incomprensibles. No acababa de entender las causas de aquella marcha tan repentina como subrepticia. Y no habían salido de caza para regresar más tarde; en tal caso, le habrían dejado un rifle para su defensa. Pero no había sido así. Si en aquel momento

se hubiese presentado un «Cuervo», lo habría pasado muy mal, sin lugar a dudas.

Reflexionó durante breves momentos, y no tardó mucho en adoptar una decisión. Puesto que Stella se había marchado, la seguiría. Tenía la seguridad de que la muchacha se había dirigido hacia el punto donde Briner había visto hablar al jefe de «Los Cuervos» con el individuo de las ropas lujosas. Bien, él también se dirigiría hacia aquel lugar.

Buscó una bolsa de piel y la llenó de comida. Luego revolvió la cueva en busca de un arma que pudiera permitirle al menos una precaria defensa. Encontró un cuchillo y, tras unas ligeras dudas, acabó por colocárselo en el cinturón de sus pantalones. Acto seguida salió de la cueva y emprendió la marcha en la dirección indicada la tarde anterior por Briner.

Atravesó el arroyo y se sumergió en la floresta. Caminaba rápidamente, rodeando los obstáculos que le salían al paso, pero en el acto volvía a seguir el mismo rumbo. Su entrenamiento como Artillero Imperial le iba a servir ahora de mucho para conservar siempre la misma dirección.

Al poco rato, se detuvo, considerando que su armamento era insuficiente. Buscó un árbol adecuado y cortó tres ramas rectas, las cuales limpió con el cuchillo, aguzando luego la punta hasta convertirlas en unos primitivos venablos, que podían servirle de mucho en caso de apuro. Ya sabía que con aquellas armas no podía soñar en combatir contra un individuo armado con un rifle, pero, si actuaba con la misma astucia que había visto emplear a Briner, podría salir adelante sin demasiadas dificultades.

La noche le sorprendió sin que hubiese podido hallar el menor rastro de la pareja. Buscó un rincón resguardado donde cobijarse y, después de tomar algún alimento, se tendió a dormir.

Al amanecer se puso en marcha otra vez. Para no perder tiempo, comió mientras caminaba. Dos horas más tarde le salió al paso un arroyo, de cuyas aguas bebió en abundancia.

A mediodía se tomó un pequeño descanso. Volvió a comer y luego se dispuso a continuar la marcha. Entonces oyó rumor de voces a no demasiada distancia del lugar en que se hallaba.

Un repentino crujido de ramajes le indicó que alguien se acercaba. Miró a su alrededor: a pocos pasos de distancia había un

árbol de frondosa copa, cuyas ramas no se hallaban a demasiada altura del suelo.

Se escondió entre las ramas con veloces y silenciosos movimientos; en seguida preparó los venablos para utilizarlos si era necesario. De pronto, tres hombres irrumpieron en el claro.

Las negras vestimentas que usaban les delataban como «Cuervos», no cabía la menor duda. Los tres iban armados y charlaban sin preocuparse demasiado por lo que sucedía a su alrededor.

—Veremos si la chica ha dicho la verdad.

El cuerpo de Kerrel se envaró al escuchar aquella frase. ¡Stella estaba con «Los Cuervos»!

Un torbellino de confusas ideas se agitó en el interior de su espíritu. ¿Qué hacía Stella junto a semejantes individuos? El pensamiento de que la muchacha le había traicionado comenzó a infiltrarse con perversa insidiosidad en su mente.

—Bueno —dijo otro «Cuervo»—, a ella, ya poco puede impórtale lo que le pase al sujeto.

Kerrel sintió que un relámpago rojo cruzaba por delante de sus pupilas. No sabía si Stella le había traicionado o no, pero de dos cosas estaba absolutamente seguro: la muchacha estaba con ellos y a él le buscaban los sujetos que tenía delante. Y los tres iban armados; era, pues, la ocasión que tanto había buscado para hacerse con un rifle.

Las enseñanzas que le había impartido la muchacha para pescar peces con arpón acudieron a su mente con claridad. Tomó uno de los venablos y, tras balancearlo ligeramente en la mano para hallar el punto exacto de equilibrio, lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Los tres forajidos acababan de pasar en aquel momento por debajo de las ramas en que se escondía. El venablo partió con ímpetu irresistible y fue a clavarse en el centro de la espalda de uno de los «Cuervos».

El sujeto lanzó un feroz aullido al sentirse atravesado por arma tan primitiva. Se debatió unos instantes y luego cayó de bruces.

Los otros dos se volvieron como un rayo, alarmados al escuchar el grito del compañero. Por un momento se sintieron desconcertados al ver al sujeto tendido de bruces en el suelo, con un

largo palo clavado entre los omoplatos.

En el mismo momento, Kerrel se descolgó del árbol al mismo tiempo que lanzaba un terrible aullido. Se arrojó hacia adelante, empuñando otro de los venablos, como si fuera una lanza, y lo hundió en el vientre de uno de los rufianes. El «Cuervo» cayó de espaldas, pataleando con desesperación.

Pero aún quedaba vivo otro forajido. Sin embargo, era ya muy difícil detener a un individuo como Kerrel, que había llegado a un estado de paroxismo lindante con la locura. El «Cuervo» levantó su rifle y se dispuso a hacer fuego contra el joven a dos pasos de distancia.

Al saltar al suelo, Kerrel había perdido el tercer venablo. Ya no tenía tiempo de recobrarlo; la bala saldría antes de que pudiera agacharse para recogerlo. Sólo podía hacer una cosa.

Saltó hacia adelante, moviendo el brazo izquierdo para desviar el cañón del rifle. El arma explotó casi junto a su oreja.

Ya tenía el cuchillo en la mano derecha. Movió el brazo un par de veces, con fuerza terrible. Los ojos del rufián giraron en las órbitas durante unos instantes; luego, los párpados se bajaron y el sujeto cayó al suelo.

El combate había durado escasos segundos. Kerrel quedó en pie unos momentos, jadeante y cubierto de sudor. Respiró hondo varias veces, hasta que consiguió recobrarse.

Se pasó la mano por la frente, aún cubierta de una abundante capa de transpiración. Después miró a su alrededor y observó, aturdido, el horrible espectáculo que ofrecían los cuerpos tendidos en el suelo. Le pareció imposible haber cortado las vidas de tres hombres en tan pocos momentos. Pensó que el tiempo que llevaba en la Tierra le había despojado rápidamente de la tenue capa de civilización con la que se había cubierto durante su existencia. Unos segundos de salvajismo habían bastado para borrar el esfuerzo de años y años de educación.

Ya no era un Artillero Imperial, sino un hombre primitivo, de la Edad de Piedra, que luchaba por su propia existencia con las armas de que disponía.

Al cabo de unos minutos se dispuso a reanudar la marcha. Tomó uno de los rifles y registró los cadáveres sin el menor escrúpulo, despojándolos de todos los cartuchos que poseían. Unos meses antes

se habría desmayado tan sólo con pensar en que sus manos podían tocar los cuerpos de unos hombres muertos por él; ahora, el hecho le dejaba indiferente por completo.

Agarró los otros dos rifles por los cañones y los partió por la mitad. Si alguien encontraba los cadáveres, no podría usar ya las armas. Luego, recogió la bolsa con los víveres, se colgó el rifle del hombro y emprendió la marcha de nuevo.

Al atardecer alcanzó la guarida donde se refugiaban «Los Cuervos».

* * *

Era un gran edificio cuadrado, de varios pisos, falto de cristales en muchas de sus ventanas. La casa estaba situada en uno de los lados de una vasta planicie, en cuyo centro se divisaban dos enormes astronaves, cuyas afiladas proas apuntaban hacia el cielo. El tipo de aquellas máquinas resultaba desconocido para él, pero no eran naves del Imperio ni tampoco de la Alianza. Si pudiera apoderarse de una de ellas para escapar…

Pero no lo haría en tanto no supiera la suerte que había corrido Stella. Se le hacía imposible creer que la muchacha le hubiera traicionado; más bien se inclinaba a suponer que estaba prisionera de «Los Cuervos».

Su pecho se hinchó de ira. ¡Si le habían causado el menor daño…!

Entonces, en un momento, comprendió que la muchacha lo era todo para él, que ante Stella, el ansia de volver al Imperio desaparecía por completo, que su rango de Artillero Imperial ya no le importaba en absoluto y que las primitivas condiciones de vida en la Tierra no tenían importancia alguna con tal de vivir siempre al lado de Stella. Mas, para conseguir sus deseos, era preciso que la librase de las garras de aquellos forajidos. Empezó a idear un plan que le permitiese llegar hasta donde se hallaba la muchacha.

Levantó la vista al cielo. Hacia el oeste, enrojecía ya. Pronto se haría de noche. Tendría que esperar a que llegasen las tinieblas para poder actuar.

Se agazapó entre la maleza y aguardó con paciencia, mientras observaba la casa, ante cuya puerta de entrada se veía un «Cuervo»

armado, que paseaba arriba y abajo. Gritos y risas llegaron de pronto a sus oídos aunque muy atenuados por la distancia. Seguramente, pensó, «Los Cuervos» estaban celebrando la captura de algún botín o bien la aprehensión de la muchacha. No cabía la menor duda de que se habían entregado a una orgía… y quizá Stella había sido obligada a asistir a la fiesta contra su voluntad.

Tenía que libertar a Stella.

Se mordió los puños de rabia, a la vez que procuraba dominar su impaciencia. Mientras no llegase la noche, no podía hacer nada. Entre el bosque y la casa había una distancia de cien metros, completamente al descubierto, que no podría franquear sin ser advertido de inmediato.

El último rayo de sol desapareció por fin. Kerrel dejó pasar el tiempo, guardando con la impaciencia de una fiera el acecho de su presa. Las estrellas brillaron en el cielo con nítidos chispazos de luz. No pudo por menos de levantar la vista al cielo. ¿Dónde estaba el conjunto de soles del Imperio?

Ahora se daba cuenta de que su amor hacia el Imperio se desvanecía como si jamás hubiera existido. Carecía de lazos familiares, pues no tenía allí ningún afecto que le retuviese. Separado de sus padres desde los diez años, apenas si los había vuelto a ver, salvo en contadas ocasiones. El entrenamiento para Artillero Imperial provocaba estas crueles separaciones. Al cabo de un tiempo, el recuerdo de los progenitores acababa por desaparecer. Sólo una persona poseía ahora su espíritu… y esa persona estaba en poder de una banda de forajidos, para los cuales la palabra piedad carecía de significado alguno.

Dejó pasar el tiempo. Poco a poco, las risas y las canciones báquicas se extinguieron lentamente, hasta que el silencio más absoluto descendió sobre el lugar. Algunas ventanas aparecían iluminadas, pero los ruidos habían cesado ya por completo.

Entonces, silencioso como una serpiente, salió de su escondite y caminó con suma cautela hasta alcanzar la esquina del edificio. Pegado al muro, continuó el avance. La disciplina entre «Los Cuervos» debía de ser muy estricta en determinados sentidos, ya que el centinela continuaba impertérrito vigilando su puesto.

Durante unos momentos se detuvo a meditar un plan de acción. Al cabo, dejó el rifle apoyado en el suelo, así como la bolsa con los

víveres, quedándose tan sólo con el cuchillo. Luego volvió a caminar; cuando alcanzó la próxima esquina, se asomó con mucho cuidado.

Asomó la cabeza. El centinela parecía muy aburrido. Estaba en pie, apoyado contra la pared, y bostezaba de vez en cuando. Resultaba evidente que debía pensar en aquellos momentos en irse a dormir cuanto antes. ¿Quién osaría atacar a un «Cuervo» en la puerta de su propia madriguera?

Al cabo de unos minutos salió de su escondite. El corazón le palpitaba violentamente. Había visto que el centinela daba cabezadas casi continuamente. Confiaba en el torpor del individuo para alcanzarle antes de ser visto.

Extendió la mano y aplastó la boca del sujeto, a la vez que apoyaba la punta del cuchillo en su garganta. Una estrella se reflejó en las espantadas pupilas del sorprendido centinela.

—No grites —le conminó en voz muy baja—. No hagas un solo movimiento, si no quieres morir degollado. Mueve los párpados si me has comprendido.

El «Cuervo» obedeció. Su frente se había perlado de sudor en el acto.

—Ahora —agregó Kerrel—, me contestarás a algunas preguntas. Por tu propia conveniencia, te recomiendo seas sincero. ¿Estamos?

Los párpados del individuo volvieron a moverse. Entonces, Kerrel aflojó la presión de la mano izquierda, situándola sobre el pecho del «Cuervo», a la vez que continuaba manteniendo la punta del cuchillo como amenaza para la garganta de su oponente.

—¿Está la chica aquí?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el cuarto de Theckor.

—¿Theckor? ¿Quién es ese sujeto?

—Nuestro jefe. Dio órdenes de que la llevasen a su cuarto.

—¿Por qué?

—No lo sé. Él manda y nosotros obedecemos.

—¿Aunque sea para matar a una persona?

El «Cuervo» mantuvo la boca cerrada. Sin embargo, su silencio resultaba significativo.

—Muy bien —dijo Kerrel—. Eso importa poco ahora. ¿Dónde,

está el hombre que acompañaba a la muchacha? ¿Lo habéis matado también?

—Creo que escapó, pero no estoy seguro. Ella vino aquí sola…, bueno, la trajeron dos de nuestros compañeros.

—¿Sabes si ha dicho algo de mí?

—No, no sé nada.

El «Cuervo» parecía sincero. Seguro que ni siquiera se había enterado de las órdenes impartidas por Theckor a los tres hombres que habían caído a sus manos.

—¿Dónde está el cuarto de Theckor?

—En el tercer piso, en el ala este.

—Si me has engañado, volveré a degollarte —le amenazó.

El rufián estaba muerto de miedo.

—No, no —suspiró—, juro que he dicho la verdad.

—Mejor para ti. Ah, una pregunta todavía. No hace muchos días, tu jefe se entrevistó con un individuo que vestía muy lujosamente. ¿Sabes tú quién era?

El «Cuervo» meneó la cabeza eh gesto negativo.

—No. Sólo sé que no es de la Tierra y que propuso a mi jefe un negocio que nos iba a reportar grandes ganancias. Pero Theckor no nos ha dicho todavía cuál es ese negocio.

—Conforme. Ya lo averiguaré yo. Ahora, vuélvete.

El forajido obedeció, temblando de miedo. Rápidamente, Kerrel se cambió el cuchillo de mano. Luego, con el puño derecho, golpeó por dos veces el cráneo de su enemigo, detrás de la oreja. El sujeto se desplomó sin conocimiento, fulminado por los mazazos.

Kerrel lo arrastró hasta la vuelta de la esquina, en donde lo desnudó en pocos segundos; a continuación se vistió sus ropas. Para estar más seguro rasgó los ropajes que acababa de quitarse, hizo tiras de ellos y ató y amordazó sólidamente al desvanecido.

Acto continuo se arregló un poco los negros ropajes y volvió a la puerta. Lo hizo a tiempo, porque unos segundos más tarde alguien bajó por las escaleras, bostezando de manera ruidosa.

—Anda, ve a dormir, Shadun.

«Conque se llama Shadun», se dijo Kerrel para sus adentros. «Bueno es saberlo, por si lo necesito». Contestó con un gruñido ininteligible; luego, escondiendo la cara para que el otro no pudiera distinguir su falsa identidad, giró sobre sus talones y emprendió el

ascenso de la escalera.

El corazón le latía con violencia. Ahora había llegado el momento más temido. Solo, con un simple rifle y un cuchillo, se disponía a enfrentarse con varias decenas de sanguinarios bandidos espaciales, para los cuales la vida humana tenía menos valor que un gramo de polvillo estelar.

CAPÍTULO IX



ubió con mucha cautela, aunque procurando aparentar naturalidad en todo momento. Al llegar al primer piso vio a un «Cuervo» sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y la cabeza doblada sobre el pecho, roncando beatíficamente. Al lado tenía el rifle y una botella casi vacía indicaba el «soporífero» que le había conducido a un estado de sueño tan profundo.

El sujeto estaba a la entrada de una vasta habitación, colmada casi hasta el techo de todo género de mercancías, producto sin duda de las rapiñas llevadas a cabo en sus viajes por el espacio. Kerrel se preguntó dónde comerciarían con aquellos objetos; posiblemente, se dijo, con algunos de los planetas no incluidos en el Imperio ni en la Alianza y donde las condiciones de vida y civilización eran mucho más precarias. De pronto se le ocurrió una idea. Se arrodilló junto al «Cuervo» y le despojó de todos los cartuchos, incluidos los contenidos en el depósito del rifle, el cual colocó de nuevo en la

misma posición. Después continuó su camino.

Llegó al segundo piso. Había también un par de salas destinadas a almacén, también abarrotadas de mercancías. Dos habitaciones aparecían ocupadas por forajidos que dormían el pesado sueño de la borrachera. Debían de haber celebrado sin duda la aprehensión de un magnífico botín y ahora pagaban las consecuencias.

El tercer piso ofrecía las mismas características de los anteriores. Todavía quedaban dos más, los cuales, a juzgar por los ronquidos que llegaban a sus oídos, debían de estar atestados de «Cuervos» embriagados. Uno de ellos dormía boca arriba, con los brazos en cruz y el rifle a un lado. Pensando en la muchacha, Kerrel se apoderó del arma.

Miró en el rellano, a derecha e izquierda. Al final divisó una puerta cerrada. Calculó que aquélla debía de ser la habitación de Theckor, el jefe de «Los Cuervos». Allí era, por tanto, donde debía de estar la muchacha.

Caminó con sumo cuidado hasta alcanzar la puerta. Trató de abrirla, pero notó que estaba cerrada por dentro. Se mordió los labios; aquello era un inconveniente para sus planes.

Se volvió de lado, quedando frente al rellano. Con la mano izquierda golpeó la madera de la puerta. Confiaba en la embriaguez de los forajidos para que no oyeran sus golpes.

Al cabo de un minuto oyó unos pasos al otro lado.

—¿Quién es? —Oyó la voz de Stella—. Váyase, váyase de aquí inmediatamente. Ya le dije antes que no quiero nada con usted ni con ninguno de los canallas que le acompañan.

—Stella —cuchicheó el joven—, no grites. Soy yo, Kerrel.

La voz de la muchacha sonó excitada.

Gritó:

—¡Kerrel!

Y un segundo más tarde se abría la puerta.

Kerrel pasó al otro lado, cerrando en seguida a sus espaldas. Los brazos de la muchacha le rodearon el cuello nada más entrar.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo estás aquí? ¿De qué ardid te has valido para llegar hasta a este lugar de infierno?

—Ya te lo contaré más tarde —respondió él. De pronto se dio cuenta de que Stella tenía un pómulo amoratado—. ¿Quién te ha golpeado? —preguntó, rojo de ira.

—El jefe de «Los Cuervos»… pero eso no tiene importancia ahora —manifestó Stella—. Dime, ¿qué planes tienes para escapar de aquí?

—«Los Cuervos» están todos dormidos, borrachos perdidos —contestó él—. Sólo queda uno en la puerta, pero dispararemos contra él si es necesario. Luego me contarás muchas cosas —dijo con el ceño fruncido.

El rostro de la muchacha se cubrió de una fina capa de carmín.

—«Los Cuervos» te buscaban a ti —murmuró—. De acuerdo con Briner, quisimos realizar una exploración, a fin de conocer sus intenciones si era posible y al mismo tiempo desviar su atención de la cueva. La verdad es —añadió, avergonzada—, que nos sorprendieron sin darnos apenas tiempo para defendernos. Briner pudo escapar, pero a mí me apresaron.

—Y luego Theckor te golpeó.

—Sí. Me negué a decirle dónde estabas. Entonces me encerró aquí.

—¿Y él? ¿Dónde está ahora?

—Lo ignoro. Después de encerrarme, desapareció. Sus secuaces estuvieron celebrando no sé qué. He pasado un miedo horrible, Kerrel…

—Lo importante es que estés a salvo —manifestó el joven. Le entregó un rifle—. Bien, ahora vamos a ver cómo salimos de aquí. Salvo el centinela de la puerta, todos los demás duermen. Si conseguimos salvar ese obstáculo, ya no volverán a echarnos mano.

—De acuerdo —dijo Stella.

Se dirigían ya hacia la puerta, cuando, de repente, se oyó un agudo silbido que procedía del exterior.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha, alarmada.

Kerrel frunció el ceño. El silbido se acentuó.

Frente a la puerta había una ventana abierta de par en par, aunque resultaba imposible escapar por ella, no por la altura, sino por la sólida reja de barrotes de hierro que la cerraba.

—Apaga la luz —ordenó él, en voz baja.

La muchacha obedeció en el acto. Mientras, Kerrel se había acercado a la ventana en cuatro saltos. Luego tendió la vista hacia el exterior.

Una luz blanquísima, que procedía de las alturas, iluminaba por

completo la llanura, confiriendo al paisaje un aspecto casi irreal. El mismo resplandor impedía ver la fuente que lo producía.

La luz se atenuó a poco, aunque sin extinguirse del todo. Entonces, Kerrel y Stella divisaron una enorme nave, de más de quinientos metros de largo, que se posaba con suave lentitud en el suelo del astropuerto. El asombro de Kerrel fue enorme al reconocer la identidad de la espacionave.

—¡Es de la Alianza! —exclamó, sin poder contenerse.

—¿Una nave de la Alianza? Pero ¿no me dijiste que vuestra guerra se libraba en regiones alejadísimas, a muchas decenas de años de luz?

—Sí, aunque no sé qué demonios pueden hacer esos sujetos en la Tierra. A menos… —añadió, sintiendo un extraño frío en su epidermis—, que intenten conquistar el planeta.

Stella se estremeció.

—Sería horrible, Kerrel.

—Desde luego. Mira…

Una escotilla se había abierto en uno de los costados de la nave. Cuatro individuos descendieron por la escalerilla y, sin la menor vacilación, se encaminaron hacia la casa.

—Debemos irnos antes de que sea demasiado tarde —sugirió Kerrel.

Pero antes de que tuvieran tiempo de poner en práctica la idea, empezaron a escucharse gritos y voces por todos los rincones del edificio.

Una de las voces sobresalía por encima de las demás Stella reconoció a su dueño en el acto.

—¡Es Theckor! —exclamó, aterrorizada.

—Theckor —repitió Kerrel—. ¿Dónde se habrá metido hasta ahora?

Los cuatro astronautas se acercaban ya al edificio.

Ahora, Kerrel podía distinguir bien sus uniformes. No cabía la menor duda. Pertenecían a la Alianza.

En el interior de la casa se había producido una cierta animación como consecuencia de las órdenes de Theckor. Kerrel rogó por que no encontraran al sujeto que había atado al otro lado del edificio. Si lo descubrían, su perdición era segura.

Stella le miró con expresión desesperada. Ya no podían salir de

la casa. Tendrían que esperar a una ocasión más propicia. Ahora, con más de la mitad de los hombres despiertos, su evasión resultaba imposible.

—Escucha —dijo él de pronto—, ¿ha venido alguien a tu habitación? Aparte de Theckor, naturalmente.

—No, ninguno. Theckor les prohibió qué se acercasen aquí. Dijo que mataría al primero que desobedeciese sus órdenes. En realidad, salvo los primeros golpes, no se ha portado muy mal conmigo. Dijo que me encerrase por dentro y que, si alguien trataba de hacerme algo, que gritase. Él duerme en la habitación de enfrente.

Los ojos del joven brillaron.

—La habitación frontera —murmuró—. Aguarda, se me ha ocurrido una idea.

Abrió un poco la puerta y miró hacia afuera. El corredor estaba desierto, aunque en los pisos inferiores se oían muchas voces y rumor de pasos de hombres que iban y venían.

Kerrel atravesó el pasillo en dos zancadas y abrió la puerta del lado opuesto. La habitación aparecía desierta. En el fondo pudo ver una puerta pequeña que supuso debía de ser la de un cuarto de aseo. En el centro vio una mesa y varias sillas. Sobre la mesa había unas botellas y copas.

Movió la mano. Stella cruzó el pasillo rápidamente. Penetraron en la habitación y, acto continuo, Kerrel cerró la puerta.

Dijo:

—Tengo la sensación de que esos oficiales de la Alianza vienen a parlamentar con Theckor, aunque ignoro qué es lo que quieren en realidad. De todas formas, aquí no hay rejas; de modo que, en el peor de los casos, siempre podemos intentar la fuga descolgándonos por alguna ventana. Ven.

Stella le siguió hasta el cuartito adjunto que, en efecto, era un lavabo. Estaba provisto de una ventana, pero Kerrel estimó oportuno aguardar un poco antes de empezar a pensar en escapar.

Dejó la puerta casi cerrada, a excepción de una rendija no superior a un centímetro, a través de la cual podía escuchar muy bien y atisbar gran parte de lo que iba a suceder en la habitación. Sus presentimientos no tardaron mucho en realizarse.

Theckor entró en el cuarto, seguido por cuatro individuos, lujosamente vestidos, tal como Briner había descrito días antes a

uno de ellos. Kerrel conocía los uniformes e insignias de los guerreros de la Alianza y así pudo ver que el grupo iba encabezado por un individuo con rango de Almirante de Flota. Los otros pertenecían sin duda a su estado mayor.

En cuanto a Theckor, era un gigante, de cabello y barba negra y ojos brillantes y astutos, con el tórax como un barril y con un peso que no bajaría de los ciento diez kilos. En apariencia, era de carácter jocoso y expansivo, pero Kerrel tenía pruebas más que sobradas de su crueldad.

—Muy bien, caballeros —dijo, una vez los cinco dentro de la habitación—, ya están ustedes en su casa. Siéntense por ahí y tomen unas copas. Se las serviré en seguida…

—No queremos beber —cortó una voz estridente, casi metálica —. Hemos venido a hablar con usted, Theckor, y cuanto antes despachemos será mejor para todos.

—De acuerdo, Almirante. Beberé yo, si ustedes no quieren hacerlo. —Kerrel oyó el ruido del líquido al ser vertido en una de las copas—. Puede hablar mientras tanto. Le escucho.

—Lo primero de todo, ¿dónde está el hombre a quien le encomendamos buscara, Theckor?

El rufián despachó su copa de un solo trago. Luego se limpió los labios con el dorso de la mano y contestó:

—Antes de mañana lo tendré aquí —manifestó—. Sé dónde está y envié tres hombres a buscarlo.

—¿No nos engaña usted? —preguntó el Almirante en tono receloso—. Ya nos dijo otra vez que estaba a punto de capturarlo…

—Las cosas son ahora muy distintas —atajó Theckor. Volvió a echar otro trago—. Tengo atrapada a su chica y ésta me ha dicho dónde se esconde. Los tres hombres que envié a buscarle son de mi entera confianza, puedo asegurárselo. Oiga, ¿por qué rayos les interesa tanto ese hombre? ¿Acaso vale más que los otros? ¿Es un semidiós?

—Para nosotros, como si lo fuera. Necesitamos a toda costa un individuo como él y estamos dispuestos a pagarle por él su peso en oro.

—Muy bien, muy bien; mañana se lo entregaré, atado de pies y manos, envuelto en papel transparente y con un lazo de color rosa. ¿Era eso todo cuanto tenía que decirme, Almirante?

—No. Aún hay más, Theckor.

Hubo una corta pausa. A través de la estrecha rendija, Kerrel vio que los dos hombres se estudiaban el uno al otro.

—De acuerdo, Almirante. Suelte lo que tenga que decir. ¿De qué se trata?

Kerrel estaba interesadísimo en la conversación que sostenían los dos hombres. El Almirante estaba allí para algo más que para hacerle su prisionero, aunque ignoraba los motivos. ¿Cuáles eran sus propósitos?

No tardó mucho en conocerlos.

—Theckor, ¿le gustaría a usted una patente de libre circulación por todas las espaciolíneas de la Alianza y del Imperio, con derecho a no sufrir jamás una fiscalización de sus naves? Fíjese bien en lo que le digo: esto significa la riqueza para usted y sus hombres. Podrán ir y venir libremente por todos los planetas, sin correr el riesgo de que un irritado comandante de astronave mande destruirles con una descarga, sólo porque ustedes le sean antipáticos. ¿Se da cuenta de lo que significa mi proposición?

Theckor demoró la respuesta unos instantes.

—Es un cebo tentador, en efecto —manifestó al cabo—. Pero usted no me ofrece tales ventajas a cambio de nada. ¿Qué es lo que tengo que hacer? Seamos claros, Almirante; las ambigüedades me molestan.

—Conforme. Se trata tan sólo de que haga usted una cosa. Es bien sencilla. Se acercará con una de sus naves a Wilkian y descargará un par de andanadas contra su superficie. Luego escapará antes de que nuestras naves puedan atraparle.

—¡Rayos! Almirante, ¿se da cuenta de lo que me está proponiendo? Wilkian es uno de los planetas de la Alianza.

—Lo sé —contestó el Almirante sin pestañear—. Es el número cuarenta y cinco de la lista. Esto significa que es uno de los más bajos en civilización y condiciones de vida. Por lo tanto, aunque su superficie quede arrasada, la Alianza no perderá apenas nada con su destrucción.

—Pero, en cambio, ganará mucho. ¿Qué es en realidad lo que van a ganar con mis disparos? —quiso saber Theckor.

—Sencillamente, el pretexto para atacar a la capital del Imperio y destruirla. Arrasado el centro neurálgico del Imperio, los demás

planetas que lo componen podrán hacer poco para resistir. Las fuerzas espaciales quedarán desorganizadas y podremos batirlas con toda facilidad. Y entonces, con unos cuantos golpes bien asestados, pondremos fin a una guerra que ya dura demasiados años, sin que hasta ahora haya habido vencedores o vencidos.

—Y ustedes, claro está, quieren ser los vencedores.

—¿Pensaría usted de distinta manera si fuese uno de nosotros? —Manifestó el Almirante en tono lleno de altivez.

Theckor se acarició la barba con gesto dubitativo.

—¿Cómo sé que después de que haya hecho lo que usted pretende, se me concederán las franquicias que mencionó antes?

El Almirante extendió la mano derecha. Uno de sus acompañantes le entregó una serie de documentos, que luego pasaron a manos de Theckor.

—Ahí tiene las garantías, Theckor. Ya ve que se las entrego antes de que usted haya cumplido con su parte.

Theckor hojeó los documentos.

—Aquí se dice que podré circular con entera libertad por todas partes, incluidas las espaciolíneas de los planetas del Imperio. Pero no veo ninguna firma imperial al pie de los documentos.

—No habrá Imperio cuando nosotros hayamos vencido. Todo será Alianza —declaró el Almirante, muy engreído—. Si se cita la palabra Imperio, es tan sólo a efectos de comprobación.

La manaza de Theckor se cerró sobre los documentos.

—Conforme. Lo haré. Pero mis naves no disponen de los proyectiles que usted quiere emplear contra Wilkian.

—Nosotros se los instalaremos. En cuanto tenga todo listo, zarpará hacia las inmediaciones de Wilkian y bombardeará el planeta. El resto corre de nuestra cuenta.

—Magnífico —exclamó Theckor—. Almirante, ya puede ordenar a sus hombres que se pongan al trabajo. —Y añadió, con sonrisa torcida—: Ahora ya sé para qué quieren ustedes a ese sujeto.

—Lo ha adivinado, Theckor —contestó el Almirante con una sonrisa de satisfacción.

—Pero el pájaro podría negarse a hacerlo —objetó Theckor.

—Hay drogas —contestó el Almirante con laconismo.

Y sus palabras provocaron una estruendosa carcajada del forajido.

Al otro lado; Kerrel temblaba de ira. Ahora comprendía el diabólico plan de la Alianza, del cual el Almirante y Theckor iban a ser meros ejecutores. La destrucción de Wilkian les daría el pretexto necesario para atacar la capital del Imperio. De un solo golpe, las fuerzas imperiales quedarían acéfalas y la Alianza podría justificarse más adelante, alegando que no habían sido los primeros en romper la regla de no atacar a los planetas. Un hecho semejante pondría al Imperio en manos de sus enemigos y ello inauguraría una era de servidumbre que duraría muchos siglos. En lo que a él se refería, no podía permitir que se consumara un hecho semejante, en tanto tuviese fuerzas suficientes para impedirlo. Sin pensárselo dos veces, abrió la puerta de un golpe y se plantó bajo el dintel, empuñando el rifle con mano firme.

—¡Quieto todo el mundo! —exclamó—. ¡Que nadie se mueva si no desea morir abrasado a tiros!

CAPÍTULO X



a inesperada aparición del joven paralizó por completo a los cinco hombres. Tras él, Stella salió fuera del cuarto de aseo, empuñando también su rifle, ya que comprendía que su deber era ayudar a Kerrel como fuese.

Theckor fue el primero en reaccionar. Habituado a situaciones críticas, se rehízo casi al instante.

—¡Vaya! —exclamó en tono humorístico—, de modo que ahora resulta que está aquí el hombre a quien buscábamos con tanto ahínco.

—En efecto —respondió Kerrel en tono glacial—. Y, como puede comprender, no pienso permitir que se lleve a efecto el crimen que intentan cometer.

Theckor frunció el ceño.

Dijo:

—Envié a tres de mis mejores hombres a buscarlo.

—Están muertos —respondió el joven—. Como lo estará usted, si

no aparta en el acto esa mano de la mesa. ¡Suelte la botella o le mato! ¡Apártese!

Los ojos de Theckor despidieron ráfagas de odio. Respiró hondo, dio dos pasos en sentido lateral.

—Cúbrele tú, Stella —ordenó—. Si ves que mueve una pestaña, mátalo sin piedad.

—Descuida —contestó ella, con voz vibrante de indignación—. Nada me gustaría más que castigar al repugnante asesino de mis padres y del hombre que iba a ser mi esposo.

—Fui un torpe. Debí haberte matado a ti también —contestó Theckor.

—Cállese —ordenó el joven. Rodeó la mesa y se situó frente a los oficiales de la Alianza—: Almirante, usted no va a hacer la canallada que ha ideado.

—Tengo cientos de hombres a mi disposición —contestó el aludido en tono despectivo.

Kerrel le colocó el cañón bajo la mandíbula.

—¿Puede alguno de esos tripulantes impedir que salga el tiro y que sus sesos vuelen por los aires, si yo aprieto el gatillo?

El rostro del Almirante se puso lívido. Apretó los labios, pero no dijo nada.

—Muy bien —exclamó el joven—, ahora…

—¡Un momento! —cortó Theckor de pronto—. Escucha, tú; tengo que proponerte un trato.

—Vete al infierno —contestó Kerrel con brusquedad—. Yo no hago tratos con asesinos.

—Dejemos los calificativos para otra ocasión —gruñó el gigante —. Portémonos como personas sensatas. A ti te necesitamos nosotros y tú necesitas de nosotros. Por el momento, tienes la sartén agarrada por el mango, pero imagínate que las cosas cambian. Entonces puedes figurarte lo que os sucedería a ti y a la chica. En cambio, pactando conmigo…

—¿Qué clase de pacto vas a proponerme? —preguntó el joven.

—Has escuchado toda la conversación —dijo Theckor.

—Sí —reconoció Kerrel.

—Bueno, entonces, hagamos lo que dice el Almirante. Una vez que hayamos concluido, la mitad de todo será para ti. Te haré socio mío y podrás mandar en «Los Cuervos» tanto como yo. —Miró a

Stella—. La chica es bonita y me gusta, pero mujeres no me faltarían, así que te la puedes quedar. Vamos, ¿qué me contestas?

Kerrel gritó:

—No.

Los ojos de Theckor fulguraron.

—Estás cometiendo una solemne tontería. Te ofrezco la riqueza y el poder…

—A cambio de las vidas de varios millones de personas.

Theckor se encogió de hombros.

—Y eso, ¿qué diablos importa? Si no lo hacemos nosotros, otros lo harán. Y el resultado será que habremos perdido una magnífica ocasión.

Las manos de Kerrel se crisparon en torno al cañón del arma.

—Debiera matarte —dijo—, pero entonces no haría sino ponerme a tu altura. Calla y no vuelvas a hablar hasta que te lo ordene.

Se volvió hacia los oficiales de la Alianza. El cañón del rifle continuaba aún apoyado en la garganta de su jefe.

—Almirante —dijo—, ahora, usted, sus hombres, la muchacha y yo, vamos a salir de aquí. Su vida es la salvaguardia de la nuestra y si me cree incapaz de disparar contra usted, pruebe a ejecutar un movimiento mal hecho. ¿Me ha comprendido?

Los ojos del Almirante estaban dilatados por el pavor.

—¿Qué es lo que quiere que hagamos? —preguntó, lívido de espanto.

—Se lo diré más adelante. Ahora…

Quebrantando la prohibición, Theckor soltó una gran carcajada.

—Me imagino tus intenciones, muchacho. Desde aquí te digo que no lo conseguirás.

—¿Tú crees? —preguntó el joven.

—Sí. ¿Qué es lo que vais a hacer conmigo? ¿Dejarme aquí atado? Antes de que hayáis podido conseguir nada positivo, mis hombres os atacarán. Ni siquiera podréis llegar a las inmediaciones de la astronave.

Kerrel miró a Theckor durante unos instantes.

—Te crees muy listo, ¿verdad?

El gigante le desafió con la mirada.

—Por algo soy el jefe de «Los Cuervos» —declaró

orgullosamente.
—Muy bien —contestó el joven—. Entonces, vendrás con nosotros.
La rabia deformó las facciones de Theckor.
—¡Eso no! —aulló.
Que sus hombres vieran que había sido vencido, constituía una tremenda humillación para él. Todo su prestigio y su autoridad, mantenidos a fuerza de despotismo y brutalidades, se vendrían abajo en un santiamén. La autoridad que poseía sobre «Los Cuervos» desaparecería en cuestión de segundos. Aunque consiguiera liberarse, habría perdido ya el ascendiente que tenía sobre sus hombres y éstos le depondrían de su jefatura… si no le mataban a fin de suprimir un estorbo incómodo.
Kerrel lo comprendió así y no pudo evitar que una tenue sonrisa distendiera sus labios.
—Te guste o no, vendrás con nosotros y no se hable más. Almirante, prepárese para salir. Diga a sus oficiales que no intenten nada; en caso contrario, usted será el primero en recibir un balazo en el cráneo.
El Almirante asintió con la cabeza. Entonces Se oyó en el exterior un tremendo estrépito.
Stella miró al joven. Kerrel comprendió lo que sucedía. Shadun había sido descubierto.
Theckor sonrió con aire satisfecho.
—No podréis salir de aquí —exclamó.
—Ya lo veremos —contestó el joven—. A ver, pónganse todos en fila, con las manos detrás de la nuca. Mataré al primero que desobedezca mi orden.
El Almirante y sus oficiales obedecieron en el acto. Theckor movió los brazos despacio, mientras sonreía con aire desafiante.
—¿Y ahora?
En aquel momento se oyeron unos pasos precipitados por el corredor. Afuera sonó un grito:
—¡Theckor!
Kerrel movió el rifle.
—A la pared, pronto —ordenó en voz baja—. Todos de cara a la pared. ¡Rápido!
Los seis individuos obedecieron en el acto. Stella los vigilaba con

el rifle sin pestañear. Kerrel saltó hacia la entrada y se situó a uno de los lados, justo en el momento en que la puerta se abría de golpe.

—¡Theckor! —Gritó un individuo—. Shadun ha sido…

El rifle de Kerrel bajó con inusitada violencia sobre el cráneo del sujeto. Éste se desplomó al suelo sin saber siquiera lo que le había ocurrido.

Kerrel se agachó, lo agarró por una mano y lo arrastró a un lado, hasta dejar libre la entrada. Luego se incorporó. Miró a sus prisioneros.

Kerrel ordenó:

—Almirante, venga acá.

El aludido obedeció.

—Nombre a uno de sus oficiales. Los otros dos se quedarán aquí.

—Sí.

El Almirante se humedeció los labios con la lengua. Llamó a uno de sus acompañantes y éste se separó del grupo. Kerrel actuaba así, con el fin de tener menos gente a quien vigilar.

—Theckor —llamó a continuación.

El hombrón se volvió despacio. Su expresión destilaba odio.

—¿Qué quieres? —Gruñó.

Vendrás con nosotros —ordenó el joven—. Andando. Caminen los tres delante y no quiten las manos de la nuca. Si alguno de sus hombres nos sale al paso, Theckor, dile que se aparte. ¿Entendido?

El jefe de «Los Cuervos» no contestó. Sin pronunciar una sola palabra, rompió la marcha, seguido del Almirante y el oficial designado. Los otros dos quedaron en la estancia.

Salieron fuera del cuarto y emprendieron el descenso. Un par de forajidos les salieron al paso, pero quedaron estupefactos al ver prisionero a su jefe. Kerrel apoyó la boca del rifle en la nuca del gigante y lanzó una enérgica intimación:

—¡Fuera! ¡Apártense de ahí inmediatamente!

Los forajidos obedecieron en el acto. De pronto, un «Cuervo» apareció con un rifle en la mano.

Theckor lanzó un chillido de pánico.

—¡No tires!

Era ya tarde. El rufián había apretado el gatillo. Pero, ante su estupefacción, no salió ningún disparo. Kerrel se dio cuenta

entonces de que era el sujeto a quien había despojado de sus municiones.

—¡Tira ese rifle! —ordenó.

El «Cuervo» no comprendía lo que le había sucedido. Estupefacto, abrió las manos y dejó caer el arma al suelo.

—Largo, fuera de ahí —exclamó Kerrel.

El paso quedó libre. Momentos después, se hallaban en el exterior del edificio.

Aunque la astronave había reducido bastante su iluminación externa, sin embargo había la suficiente luz para que pudiera verse con claridad. «Los Cuervos» se apartaron prudentemente, dejando el espacio suficiente para que Stella y Kerrel consiguieron alejarse de la casa como unos quinientos metros. Ninguno de ellos se había atrevido a disparar, por temor a las represalias contra su jefe. Pero Kerrel sabía que el equilibrio era inestable y que no podía mantenerse demasiado tiempo. En cualquier momento podía romperse y entonces su situación no tendría nada de agradable.

Al llegar a una distancia intermedia entre la casa y la nave, Kerrel ordenó hacer alto.

—Almirante, usted va a quedarse aquí conmigo —ordenó—. En nombre suyo, el oficial que le acompaña se dirigirá a la nave y ordenará su evacuación total. Ni uno solo de los tripulantes deberá quedar a bordo. Su vida responde del exacto cumplimiento de esta orden.

CAPÍTULO XI



a iluminación aumentó. Lentamente, los ocupantes de la astronave empezaron a abandonarla en medio de un completo silencio. Kerrel sudaba de excitación. Eran dos solos contra cientos de hombres y no tenía la seguridad de que aquello acabase bien.

El tiempo pasó. Los tripulantes de la nave de la Alianza se colocaban a un lado, hoscos y silenciosos, sin realizar el menor ademán hostil. Kerrel rogaba por que todo terminase cuanto antes, pero no era tarea fácil desalojar un aparato de varios cientos de metros de longitud. De pronto, cuando menos lo esperaba, notó un movimiento sospechoso a su espalda.

Se volvió en redondo. Un puñado de «Cuervos» se acercaban subrepticiamente, tratando de rodearlos, mientras disponían sus rifles para acribillarlos a balazos.

—Theckor —dijo el joven— ordene a sus hombres que retrocedan.

El «Cuervo» cruzó los brazos sobre el pecho en ademán de reto. Dijo:

—No lo haré. Dispare contra mí, si se atreve. Pero le aseguro que, luego, mis hombres les harán pedazos a usted y a la chica.

El joven vaciló. No podía disparar a sangre fría contra un hombre, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que el delicado equilibrio mantenido hasta entonces estaba a punto de romperse.

En aquel momento, antes de que Kerrel hubiera podido adoptar una decisión, estalló un disparo.

Uno de los rufianes lanzó un agudo chillido y cayó de bruces al suelo. Los demás se dispersaron, mientras abrían fuego hacia el lugar de donde procedían los disparos.

La relativa calma que había reinado hasta entonces se convirtió en un espantoso desbarajuste. Antes de que el joven tuviera tiempo de reaccionar, Theckor pegó un tremendo salto y echó a correr.

Stella disparó contra el «Cuervo», pero falló. Un par de proyectiles silbaron amenazadoramente en torno a los dos jóvenes. El Almirante, aturdido, era incapaz de moverse.

Los disparos continuaban saliendo de la espesura. Kerrel dedujo que, quienquiera que fuese, tenía que ser por fuerza amigo suyo, puesto que atacaba a «Los Cuervos». Éstos retrocedían hacia la casa a la carrera, en busca de refugio, sin dejar de disparar contra la floresta.

Al mismo tiempo, los tripulantes corrían a guarecerse de nuevo en la astronave. Pero habiendo abierto solamente una escotilla, el resultado era que se había producido un enorme apelotonamiento de gente, que se movía en medio de la mayor confusión.

Kerrel se dijo que, a pesar de lo que pudiera ocurrir, no debía permitir que se le escapara una presa tan importante como el Almirante. Lo agarró por un brazo y le empujó hacia la selva.

—¡Corre, Stella!

La muchacha se deslizó de lado, para abrir fuego contra la casa. Uno o dos «Cuervos» más cayeron. Theckor había conseguido desaparecer.

El alba se anunciaba ya por oriente. Sin soltar el brazo de su prisionero, empujándole sin compasión, Kerrel corrió hacia el refugio de la selva, de donde los disparos salían sin interrupción. Algunos de los tiradores variaron de pronto el tiro y los tripulantes

de la nave empezaron a caer. En pocos momentos, la escotilla quedó desierta. Media docena de cuerpos yacían por el suelo, al pie de la escalerilla de acceso; pero más de trescientos hombres se habían visto obligados a dispersarse, con lo que la nave quedaba imposibilitada de zarpar. Sólo un hombre de las características psicofísicas de Kerrel hubiera sido capaz de ponerla en funcionamiento sin ayuda extraña, y los de la Alianza carecían individuos experimentados hasta tal punto.

En unos momentos ganaron el refugio de la selva. Kerrel obligó a tenderse en el suelo a su prisionero y luego largó un par de disparos contra la escotilla. Un tripulante que pretendía cerrarla rodó en el acto por los peldaños de la escalera.

El tiroteo continuó durante cierto tiempo; luego decreció y, por fin, se extinguió del todo. La luz del día avanzaba rápidamente.

—Kerrel, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó la muchacha, angustiada.

Antes de que el joven pudiera contestar, un hombre corrió hacia ellos y se tendió en el suelo.

—¡Briner! —exclamó Kerrel con acento de sorpresa.

El hombre sonreía abiertamente.

—Me parece que no he podido llegar más a tiempo, ¿verdad?

—Sí, ha sido una intervención muy oportuna —reconoció él—. Pero no entiendo…

—Busqué a unos cuantos individuos y les expliqué lo que pasaba. Me costó mucho, pero al fin conseguí convencerlos. ¿Sabes? —dijo Briner reflexivamente—, he pensado bastante en lo que dijiste de la conveniencia de unirnos. «Los Cuervos» han podido dominarnos hasta ahora, más que por la potencia de sus armas, por la fuerza que les daba su unión. Nunca lamentaré lo bastante el no haber hecho caso de tus palabras el día que te conocí.

—Me conformo con que hayas reconocido tu error —expresó Kerrel—. Y lo has enmendado muy bien, desde luego. ¿De cuántos hombres dispones?

—Conmigo hay quince. Pero despachamos cuatro o cinco más, para reclutar todos los que puedan. Si logramos mantenernos aquí durante veinticuatro horas, mañana habrá treinta rifles más.

Kerrel hizo un rápido análisis de la situación. El bosque les protegía y «Los Cuervos», bloqueados en el edificio, no podían salir.

Era posible que hubiera quedado algún tripulante de guardia en sus dos astronaves, pero, aun suponiendo que consiguieran elevarse, no podrían atacarles con armas más potentes que un rifle. Cualquier bomba, por pequeña que fuese, destruiría la casa sin remedio, y no querrían causar ningún daño a sus compañeros.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Briner, de pronto.

—El Almirante —respondió Kerrel—. Ahora es mi prisionero.

—Ahora lo recuerdo. Es el mismo sujeto a quien vi hablar con el jefe de «Los Cuervos». ¿Qué es lo que vas a hacer con él?

—Pensaba apoderarme de su astronave, pero, por el momento, habré de olvidarlo —murmuró Kerrel—. No obstante, continuaré manteniéndolo prisionero. Aún puede sernos útil.

—Muchos de los tripulantes de la nave han conseguido escapar —apuntó Briner.

—Lo sé. Pero, aparte de que carecen en absoluto de armamento, no tienen la menor experiencia de lo que es la vida fuera de una astronave en un medio que les es desconocido e incluso hostil. Ellos no deben constituir preocupación para nosotros.

De pronto vio a dos forajidos que intentaban salir de la casa. Apuntó hacia allí y les obligó a guarecerse de nuevo en el interior, con una corta salva de disparos.

Una descarga cerrada brotó de las ventanas. Las balas silbaron por encima de sus cabezas o se aplastaron contra el suelo. «Los Cuervos» podrían escapar por los lados no batidos, pero no tenían posibilidad alguna de alcanzar sus naves. El astropuerto no ofrecía el menor refugio.

Kerrel se echó de pronto a reír.

—Están resultando menos valientes de lo que creía —dijo—. ¿Te das cuenta, Briner? Hasta este momento se valieron del terror que imponían por la fuerza, pues estaban seguros de que su sola presencia bastaba para atemorizar a cualquiera. Pero ahora que se ven atacados por unos cuantos hombres unidos y resueltos a combatirles y a terminar con su despotismo a cualquier precio, se han desconcertado y no saben qué hacer.

—Me pregunto por qué no salen de la casa y lanzan un ataque furioso. Allí debe de haber más de cien forajidos.

—Puede que doscientos también. Pero ninguno quiere ser el primero en recibir un balazo.

—Kerrel —dijo de pronto Stella.

—¿Sí?

—¿Vamos a estar aquí hasta que vengan los amigos de Briner?

—Por supuesto.

—¿Qué harás después?

—Parlamentaré con Theckor y le haré que se rinda.

—¿Y si no quiere?

La mirada del joven se endureció. Volvió los ojos hacia su prisionero, quien yacía de bruces en el suelo, aterrorizado.

—Tendremos que empezar a pensar en apoderamos de la nave y escapar. ¡Almirante!

El aludido levantó la cara, blanca como la cera.

—¿Q… qué es lo que quiere? —preguntó con voz temblorosa.

Una batalla a tiros era algo completamente nuevo para él.

—Escuche, cuando yo le diga avanzaremos hacia la nave. No pretendo causarle el menor daño, a menos que usted me obligue a ello. ¿Estamos?

El Almirante asintió, lívido de espanto.

—Pero, en cambio, como es lógico, trataré de impedir que cometan la canallada planeada. Es su nave lo único que quiero…

—Y cuando te hayas apoderado de ella, ¿qué harás? —preguntó la muchacha de pronto.

—Volveré al Imperio y contaré lo que sucede, poniéndoles en guardia contra las maquinaciones de estos granujas. Tú vendrás conmigo.

Stella movió la cabeza.

—Yo me quedaré en la Tierra, Kerrel.

—Vendrás conmigo —insistió él.

—Es inútil —respondió la muchacha en tono firme—. Ya sabes cuál es mi modo de pensar relativo a esta cuestión. Te recomendaría que no hicieras ese viaje, pero sé que es inútil.

—¿Por qué crees tú que no debo regresar al Imperio? —preguntó él.

—¿Piensas que te dejarán volver? Tú mismo me has hablado de las condiciones de vida en que has de desenvolverte. Oh, claro que ganarás honores, pero el Imperio no dejará escapar a un hombre tan valioso como tú.

Kerrel se mordió los labios. Los argumentos de la muchacha eran

irrebatibles. Sin embargo, su obligación era poner a los suyos en antecedentes de los ruines planes tramados por la Alianza.

—Pero tú podrías acompañarme —rogó de nuevo.

—No. Y ya sabes por qué me niego a ello.

Kerrel inclinó la cabeza. Stella tenía razón. Si regresaba al Imperio, tendría que cubrir aún el resto de los cinco años de servicio activo, durante los cuales no podría casarse. Y ¿cuál sería su salud física al terminar aquel período? Recordó el espectro en que se había convertido Donítez y sintió un enorme frío en la espalda.

Pero volviese o no, tenía una obligación que cumplir. Millones de vidas dependían de su decisión. No podía sacrificarlas por un asunto estrictamente personal. Le gustara o no, tenía que volver al Imperio.

—Lo siento —dijo en tono de queja—. Créeme… nada me agradaría más que quedarme aquí…, pero me es imposible.

Stella no replicó. Briner la miró y creyó ver que sus ojos se cubrían de una película de humedad. Estuvo tentado de intervenir para arreglar las cosas entre la pareja, pero decidió abstenerse. Aquél era un asunto que debía resolverse entre ellos, personalmente, sin mediaciones ajenas.

El tiempo empezó a pasar con lentitud. De cuando en cuando, se escuchaba algún disparo procedente de la casa o de la floresta. En un par de ocasiones, varios «Cuervos» intentaron la salida, pero el fuego de los sitiadores les hizo desistir. El sol llegó al ápice de su curva diurna y luego emprendió el descenso hacia el ocaso.

A media tarde, un trapo blanco se agitó en una de las ventanas de la casa. Kerrel aguardaba la llegada de la noche para alcanzar la astronave aliada, pero la vista de aquella tela blanca le hizo pensar en un nuevo cambio de situación.

—Quieren rendirse —gritó Briner, alborozado.

—No tan de prisa —contestó el joven—. Seamos cautos. Esa gente no tiene buenos sentimientos. Esperemos a ver. De todas formas, di a tus hombres que no disparen hasta enterarnos de las pretensiones de «Los Cuervos».

—Conforme.

La bandera blanca se agitó varias veces. Alguien gritó desde la casa, pero la distancia era demasiado grande para comprender las

frases pronunciadas.

Stella hizo ademán de ponerse en pie.

—No te muevas —recomendó Kerrel—. Dejemos que sean ellos los que den el primer paso. No son gente de fiar, repito.

Pasaron unos minutos. De pronto, la silueta de un hombre apareció en el umbral de la puerta. Kerrel y sus acompañantes lo reconocieron en el acto.

—Es Theckor —dijo la muchacha—. ¿Qué querrá?

Theckor mantenía las manos en alto, como queriendo indicar sus pacíficas intenciones. Estuvo así unos momentos y luego empezó a avanzar despacio hacia la floresta.

—Poned mucha atención —advirtió el joven—. No estoy seguro de que no quiera gastarnos una mala pasada.

Poco a poco, Theckor se aproximó al borde de la selva. Entonces, Kerrel se puso en pie, apuntándole con el arma. Precavidamente, se había situado a pocos pasos de un árbol, con objeto de buscar su protección, si las cosas se torcían.

Cuando Theckor hubo llegado a diez metros de distancia, le ordenó detenerse.

—Quieto ahí. No des un solo paso más o dispararé. Lo que tengas que hablar, puedes decirlo desde donde estás.

—Parece ser que no te fías de mí —manifestó.

—En absoluto. Y si sólo has venido para decirme eso, ya puedes volverte en el acto —respondió Kerrel.

—No eres muy cortés que digamos —se quejó el gigante.

—Es lo único que te mereces. Vamos, suéltalo pronto. Tu presencia me asquea y sé de dos personas al menos que están deseando llenarte el cuerpo de plomo.

—Muy bien. —Theckor lanzó un profundo suspiro—. Entonces, repetiré mi anterior proposición…

—Vuélvete —ordenó el joven con acento imperativo—. Vuélvete ahora mismo o no respondo de mí.

—Estás loco, Kerrel. No podrás escapar…

—Si antes de que haya terminado de contar hasta tres no has dado media vuelta, dispararé. Uno…

Las facciones de Theckor se contorsionaron por la rabia que sentía. Sus dientes crujieron, a la vez que su poderoso torso se hinchaba con gran ruido de aire aspirado. Poco a poco, inició una

media vuelta.

De pronto, Stella lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, Kerrel!

La inesperada acción de Theckor halló al joven un tanto desprevenido. Theckor giró como un relámpago sobre sus talones y cuando se enfrentó de nuevo al joven, ya tenía una pistola en la mano.

Kerrel disparó una vez. Al mismo tiempo, percibió un fuerte choque en la parte alta del pecho. Sintió que una gran debilidad le invadía y sus rodillas empezaron a doblarse.

Mientras caía al suelo, oyó el estallido de unos disparos. Luego, la noche misericordiosa le envolvía con un manto de opaco y consolador silencio.

CAPÍTULO XII



espertó más tarde. Abrió los ojos y se percató de que las estrellas brillaban en lo alto. Oyó un gemido a su lado.

—Stella —murmuró.

La muchacha se abrazó a él, anegada en lágrimas.

—Oh, Kerrel, creí que no ibas a recobrar el conocimiento…

El joven sintió un punzante dolor en el pecho. Entonces recordó de golpe los últimos acontecimientos.

—¿Y Theckor? —preguntó.

—Muerto —dijo Briner—. Los otros continúan en la casa. No les dejamos salir. Hemos recibido nuevos refuerzos. Ocho más se han unido a nosotros.

Kerrel trató de dominar el dolor que sentía. Si estuviese a bordo de su nave… Allí había médicos y medicinas capaz de ponerle bueno en veinticuatro horas.

—El Almirante escapó —informó Stella—. Pudo reunir a su

gente y levantó el vuelo.

Kerrel se sintió desfallecer. De pronto, recordó una cosa.

—Las naves de «Los Cuervos» están ahí todavía —manifestó.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —preguntó ella, súbitamente alarmada.

Kerrel se sentó en el suelo.

—Ayúdame a ponerme en pie, Briner.

El hombre obedeció en el acto. Kerrel sintió que el suelo se movía bajo sus pies, pero al cabo de unos momentos la sensación de mareo desapareció por completo.

—Vamos —dijo.

Stella trató de oponerse, pero Kerrel tenía una idea fija y no quería detenerse hasta haberla puesto en práctica. Sostenido casi en vilo por Briner, continuó su avance.

Favorecidos por las tinieblas, alcanzaron la primera de las dos astronaves. El camino resultó una agonía para Kerrel, quien creyó desfallecer a cada momento. En los últimos instantes, sintió que la sangre le corría por el pecho a través del vendaje que le habían puesto Stella y Briner.

La nave se encontraba desierta. Subieron por la escalerilla de acceso, con enormes esfuerzos. Stella no se atrevía ya a oponerse a la voluntad del joven. Cuando llegaron arriba y vio la sangre que le cubría el pecho, se echó a temblar.

—Por favor, Kerrel —sollozó—. Déjalo… Te vas a desangrar…

Kerrel se sentía cada vez más débil.

—No… Escucha, busca por ahí… Encontrarás vendas, sin duda alguna… Pero no puedo detenerme ahora. Hemos de acabar de una vez con el poderío de «Los Cuervos»… Busca más vendas… Creo que hallarás también un botiquín de primeros auxilios… Mira a ver si encuentras un poco de vino… siento que lo estoy necesitando.

Mientras ella buscaba lo pedido, Kerrel, ayudado por Briner, alcanzó la cámara de mandos y ocupó el puesto del piloto. Por un momento, todo cuanto le rodeaba desapareció de su vista.

El ligero desvanecimiento pasó pronto. Mientras Stella volvía, se esforzó por estudiar el cuadro de mandos. La nave era un tipo anticuado, pero disponía de proyector de arranque antigravedad. No era ni con mucho tan potente como la suya, pero sí tan veloz y, a fin de cuentas, los contrabandistas del espacio, más que potencia,

necesitaban velocidad.

Stella acudió al cabo de unos minutos. Mientras le vendaban, Kerrel tomó unos sorbos de vino. La bebida le reanimó muchísimo, disipando en buena parte el velo rojo que cubría sus pupilas.

Stella le vendó en pocos minutos y cortó la hemorragia. Pese a todo, Kerrel se sentía muy débil. Sólo quería descansar… pero no podía hacerlo, mientras no hubiese ejecutado la primera parte de la tarea que se había impuesto a sí mismo.

—Sentaos —indicó unos sillones contiguos al suyo.

—Por favor… —rogó la muchacha.

—Sólo se trata de unos momentos, querida —sonrió él—. Ten confianza en mí, te lo ruego.

Ella terminó por obedecer. Kerrel les enseñó la manera de sujetarse con las correas, precaución más bien innecesaria, pues el vuelo que tenía planeado realizar iba a ser muy corto.

Presionó el mando de despegue. La astronave se elevó con lentitud, separándose unos metros del suelo. Kerrel maniobró en los instrumentos y la hizo situarse en posición horizontal, a no más de diez metros del suelo.

Encendió todas las luces. El astropuerto quedó bañado en una claridad semejante a la del día. Entonces, Kerrel hizo avanzar la nave en dirección a la casa de los asesinos.

Stella se agarró con fuerza a los brazos del sillón. Las correas le impidieron adelantar el busto todo lo que ella hubiese querido. Al mismo tiempo que ella, Briner contemplaba la escena con ojos desorbitados por el asombro.

Metro a metro, la enorme astronave ganó terreno. De pronto, los forajidos empezaron a abandonar la casa, intuyendo la catástrofe que se les venía encima. Los hombres de Briner abrieron fuego, disparando implacablemente contra ellos.

La proa de la nave tocó la casa. Con un crujido enorme el edificio se derrumbó, en medio de una enorme polvareda. Todos los que no habían conseguido escapar perecieron entre los escombros.

Kerrel desconectó el mando antigravedad. La nave cayó a plomo, terminando de aplastar bajo su enorme peso los pocos restos del edificio que aún se mantenían en pie.

Se reclinó en el asiento. Se sentía muy fatigado.

—Bien… —jadeó—. El poder de «Los… Cuervos»… se ha

acabado ya. Ahora…

Redujo la iluminación a la mitad. Los hombres de Briner salían de la floresta, lanzando gritos de inmensa alegría.

En aquel momento, un enorme relámpago brilló en las alturas. Kerrel levantó la cabeza.

—¿Qué… ha sido eso? —preguntó.

Pero no oyó la respuesta. De repente perdió el conocimiento y todo cuanto le rodeaba desapareció de delante de sus ojos.

* * *

Cuando recobró los sentidos, se encontró en una lujosa cámara, acostado en una cómoda litera y envuelto en frescas y limpias sábanas. El dolor de su pecho había desaparecido por completo y se sintió mucho mejor.

No tardó mucho en darse cuenta de que se hallaba a bordo de una nave del Imperio. El hecho le produjo una extraña satisfacción, al mismo tiempo que una intensa amargura.

Tendría que separarse de Stella. Y la amaba intensamente. Ahora volverla a ser un Artillero Imperial durante casi cinco años. Terminaría como Donítez. Eran contados los que concluían su período de servicio en buenas condiciones psicofísicas. Incluso se rumoreaba, en voz baja, que los Artilleros, a pesar del traje antirradiante, quedaban estériles, aunque no se había podido confirmar ese rumor todavía.

La puerta de la cámara se abrió de pronto y tres personas penetraron en ella. Stella corrió hacia él y se sentó a su lado, cogiéndole de las manos.

—¡Querido! —exclamó, muy contenta.

Estaba encantadora. Alguien le había dado nuevas ropas, una especie de monopieza de tejido brillante, que se ajustaba a la perfección a las esbeltas líneas de su cuerpo. Detrás de ella aparecían Briner y un individuo con insignias de Primer Almirante.

Kerrel lo reconoció en el acto. Era el comandante de la XIV Flota, Malvin.

—¡Señor! —exclamó, atónito.

—¿Qué tal, Artillero Kerrel? ¿Cómo se siente?

—Bastante mejor, excelencia.

—Nuestros médicos han hecho un buen trabajo con usted. Se lo tiene merecido, Artillero Kerrel.

—Gracias, excelencia. —El joven hizo una ligera pausa—. ¿Puedo preguntarle cómo llegaron hasta aquí?

El comandante explicó:

—Captamos su señal de socorro. Nos extrañó bastante, porque procedía de un lugar situado al otro lado de Sikilon. La clave era nuestra, pero nos confundía el pensar la posición de donde venían las llamadas. En fin, después de unas consultas, se nos autorizó a venir aquí. Llegamos a tiempo de destruir una nave de la Alianza que pretendía atacarnos…

Así pues, pensó Kerrel, el fogonazo que había visto segundos antes de desvanecerse, procedía de aquel breve combate.

—… Bueno, ya ha terminado todo, Artillero Kerrel. Muy posiblemente esa nave es la última que ha sido destruida en combate. El Imperio y la Alianza han entrado en conversaciones, suspendiendo por el momento todas las hostilidades, a fin de establecer un *modus vivendi* pacífico y sin competencia.

—Es una buena noticia, señor —sonrió él.

—Me alegra que piense así, Artillero Kerrel. Por cierto, esta linda muchacha me ha contado la parte tan principal que tuvo usted en los hechos que se han producido aquí. De no haber sido por usted, habría ocurrido una gran catástrofe. El Imperio lo tendrá en cuenta, créame.

Kerrel movió un poco la cabeza. De pronto, dijo:

—Hay una cosa que me gustaría saber, excelencia.

—¿De qué se trata? —preguntó el Almirante.

—La Ley Básica prohíbe, o prohibía, cruzar al otro lado de Sikilon. ¿En qué se fundaba esa prohibición?

El Almirante se acarició la barbilla.

Dijo:

—Yo diría que se trataba de un caso de orgullo en los que hicieron aprobar la ley. Nos guste o no, tanto el Imperio como la Alianza descienden de los hombres que abandonaron este planeta en un éxodo que no tiene parangón posible en la historia de la Galaxia.

—Algo así como si se avergonzaran de su origen —comentó el joven.

—Ni más ni menos, Artillero Kerrel.

—Sí —dijo Kerrel—, ahora recuerdo haber oído de pequeño vagas historias que hablaban de este planeta. Con franqueza, yo no me siento avergonzado de que mis antepasados hubieran nacido en la Tierra. —Miró fijamente al Almirante—. Supongo que ahora esa prohibición quedará levantada. Varias naves han franqueado la Nebulosa Negra y no se han perdido.

—Costará mucho convencer a los legisladores, pero creo que al fin se conseguirá —manifestó el Almirante—. De aquí vinimos y todo cuanto somos se lo debemos a los hombres que nos legaron sus conocimientos y su civilización.

Kerrel movió la cabeza en gesto afirmativo. Luego manifestó:

—Señor, usted dijo antes que el Imperio me tendría en cuenta lo que he hecho en favor de la paz.

—Así es, no le quepa la menor duda. Incluso yo poseo los suficientes poderes para concederle lo que me pida, siempre que esté dentro de unos límites discretos, por supuesto.

Kerrel sonrió.

—Si no hay ya guerra, señor, ¿qué papel pinta un Artillero Imperial que ya no tiene proyectiles que disparar ni naves a las cuales guiar en una batalla?

El Almirante dirigió la vista hacia la muchacha.

Dijo:

—Creo que le comprendo a usted, Artillero Kerrel.

—Gracias, excelencia. Entonces, no le extrañará que presente oficialmente mi dimisión como Artillero Imperial.

—Aceptada. Ahora ordenaré preparar la documentación conveniente. ¿Nada más?

Kerrel alargó la mano y tomó la de Stella.

—Me quedaré en la Tierra, señor. Hay mucho trabajo que realizar. —Miró a la muchacha—. Aquí se inició el éxodo. Yo quiero dar comienzo al fin de ese éxodo.

El Almirante suspiró.

—No me cabe la menor duda de que tendrá usted el ayudante más valioso que hubiera podido desear, Artill… perdón, ex Artillero Kerrel. —Hizo una señal con la mano—. Vámonos, Briner.

Los dos hombres salieron de la cámara. Kerrel y Stella quedaron solos.

Se miraron en silencio a los ojos. Entonces, Kerrel supo que el fin del éxodo acababa de comenzar.





LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.